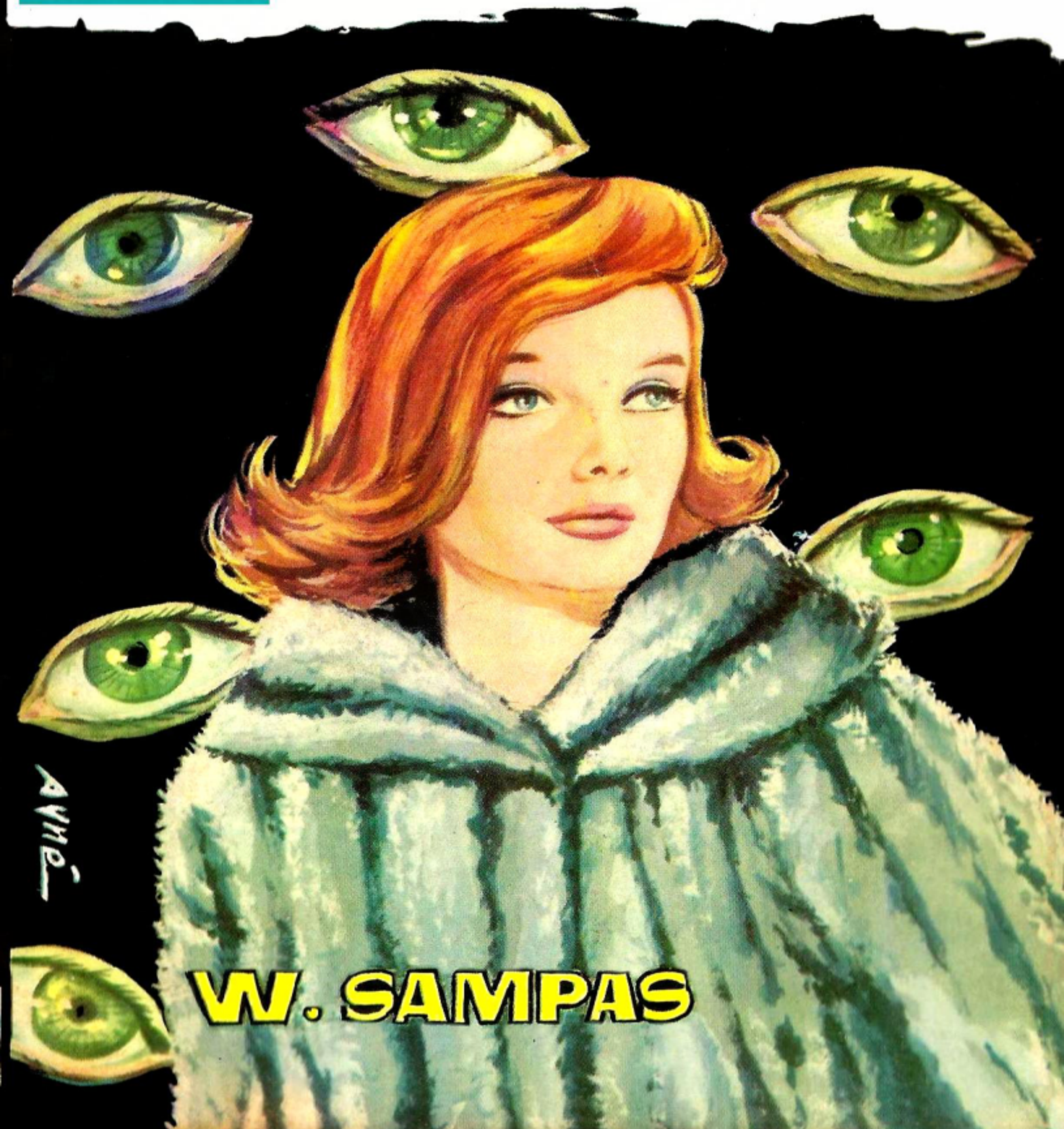
S.I.P.
SPACIAL INTERNATIONAL POLICE

LA BANDA DE LOS NICTÁLOPES



LA BANDA DE LOS NICTÁLOPES



La banda de Los nictálopes

por

W. Sampas



EDICIONES TORAY, S. A.
Arnaldo de Oms, 51-53
B A R C E L O N A

Depósito legal B. 14.091 - 1960
Número de Registro: 5.788 - 60

IMPRESO EN ESPAÑA

PRINTED IN SPAIN

T. G. PERALTA — Pasaje de Núria, 8 — BARCELONA

Para Joseph Martí Y ébemes, gran lector de la SIP y amigo de corazón. Con la esperanza de que esta nove-vela le guste,

W.SAMPAS



CAPÍTULO PRIMERO


UNCA hubiera creído que el Consejo Mundial conmutase su pena.

Con el habano en la boca, Callowan' miraba, a través del "coplick" transparente del helicoche, las planas tierras que desfilaban vertiginosamente por debajo. Había oído perfectamente las palabras de Stanley, pero tardó un poco en volver el rostro hacia el agente, que conducía el vehículo.

Y sin quitarse el habano de la boca dijo:

—Tampoco le comprendo yo, aunque no es la primera vez que termina así nuestro trabajo Hemos tardado tres meses en cazar a Charlie y creo que merecía pasar a la Cámara Electrónica...

—¡Desde luego!

—Pero hete aquí que el Consejo considera que una pena a perpetuidad es suficiente. Y por si fuera poco, nos ordenan ir a comunicarlo personalmente al director de la penitenciaría de Los Ángeles

—Se diría, señor, que hay alguien que desea humillarle en el Consejo...

Donald se encogió de hombros.

—Si eso es verdad, pierde lamentablemente el tiempo.

Hubo una nueva pausa, que rompió poco después el jefe de la SlP diciendo:

—De todos modos, no consentiré, en manera alguna, que ninguna otra medida de clemencia beneficia a Charlie. Soy capaz de presentar mi dimisión

si eso sucede.

—¿Es que cree usted que ese bandido intentará sigo más?

—No lo sé. La política no es mi fuerte. Recuerda que Charlie fue acusado de robo a mano armada, aprovechando un cataclismo en una ciudad argentina. No se pudo demostrar que hubiera matado a nadie, pero el hecho de aprovecharse de una desgracia colectiva para perpetrar su delito hizo que el fiscal pidiese la última pena para él.

“En aquellos momentos, cuando el terremoto sacudía la ciudad, él, en vez de colaborar en el salvamento, hizo caso omiso de los gritos de auxilio, empleando su flamante helicargo en llenarlo de objetos valiosos.

—Yo creo que mató a aquellos dos agentes de la policía argentina.

—Y yo también. Pero ya sabes que no pudimos demostrarlo, aunque se dijo en el juicio.

—Y quizás influyó aquello en la actitud de los Jurados.

—Es cierto. Pero ahora no sé por qué estúpida decisión, ese hombre va a salvarse de un final que evidentemente merecía.

—Pero pasará el resto de su vida en una prisión de Marte.

—No es eso lo que importa. Lo verdaderamente Interesante es el resultado de esta conmutación de pena.

—No lo entiendo.

—Pues está clarísimo, Stan. Una pena de muerte no es una venganza de la sociedad, sino un ejemplo, cuando la pena se aplica con justicia. ¿Qué pensarán las gentes que se encuentren algún día en la misma situación que aquellos pobres argentinos? Sabrán que un culpable del peor delito del mundo, el pillaje, no ha sido castigado como merecía. Y los que hasta ahora dudaron en imitarle, por temor a pasar a la Cámara Electrónica, perderán su miedo y nos darán qué hacer.

—Es cierto.

Y Callowan tenía razón.

Él había sido el primero, desde que se fundó la Spacial International Police, en limitar la pena de muerte a aquellos que habían causado lo mismo sobre seres inocentes.

“El que a hierro mata, a hierro muere...”

Sin embargo, cuando los delincuentes se atrevían a atentar contra la vida de un agente de la SIP, Callowan no se molestaba en capturarlo. Tomaba el teléfono y llamaba, a su “Servicio de Ejecuciones”. Allá, al norte del país, en un lugar tranquilo, dos hombres dejaban la pesca para dedicarse a la caza de los que habían matado a sus compañeros.

¡Una caza a muerte!

Porque Dik Doe y Carlo Daveira no perdonaban nunca.

Stanley Lawlor se volvió hacia su jefe:

—Ya estamos llegando, señor.

Así era, en efecto.

Allá, al fondo, la estructura grisácea de la Penitenciaría era ya visible. Un colosal bloque de cemento, de trece pisos de altura, casi completamente rectangular.

Stan fue haciendo que el vehículo perdiese altura hasta que, finalmente, lo posó sobre la terraza especial que servía de campo de aterrizaje.

Un guardián se acercó a ellos y al reconocer a Callowan, llevándose la mano a la visera de la gorra de plato, saludó:

—¡Buenos días, señor!

—Hola, muchacho. ¿Y el director?

—En su despacho.

Donald dijo:

—Vamos hacía allá.

—Bien, señor.

Tomaron uno de los ascensores, cuyas cajas salían de la línea recta de las azoteas. Momentos después, el vehículo se detenía en la planta ocho. Y cuando las puertas se abrieron, los dos hombres se hallaron en un pasillo alfombrado, cuya última puerta, la del fondo, correspondía a la del despacho del director de la prisión,

Debía el guardián de la azotea haberle avisado por teléfono, ya que estaba allí la rechoncha silueta de Lewis Stuard, vestido con un traje gris cuidadosamente adaptado por el genio de un sastre de Los Ángeles a su cuerpo que un vientre prominente y una estatura ridícula creaba verdaderos problemas de estética.

Lewis poseía un rostro ancho, pastoso, labios gruesos y nariz singularmente amplia, como si hubiera estado boxeando toda su vida. Pero era simpático, agradable y había conseguido aquel privilegiado puesto en una oposición difícil en la que demostró su indudable valía.

Estrechó la mano a los dos hombres, invitándoles a entrar, ofreciéndoles después un vaso de “whisky” y un cómodo sillón en el que cada uno de ellos se acomodó.

—¡Ha sido una verdadera sorpresa, señor Callowan!— exclamó Lewis—. Sinceramente, no pensaba en usted en estos momentos.

Donald sonrió.

—Lo comprendo. Tiene usted otras cosas en qué pensar. ¿Cómo va todo esto?

—Bien. Los internos no nos dan mucho trabajo. ¿Puedo conocer el motivo de su visita?

—Evidentemente. Venimos con la orden de conmutar la pena de Charlie Berliner.

Lewis exclamó:

—¿Eh?

—Ya veo que usted se asombra también... ¿no debían ejecutarlo mañana por la mañana?

La expresión, del rostro de Lewis hizo que Callowan frunciese el entrecejo.

—¿No irá a decirme usted que se ha escapado?

—Ya sabe usted que es imposible salir de aquí... a no ser en una caja de madera. No, Callowan, es aún peor que eso.

—No entiendo.

—Charlie no ha querido esperar.

—¿Qué quiere usted decir?

—Que temió, sin duda, la Cámara Electrónica. Y esta mañana, cuando iba a la consulta del doctor Crowe, aprovechó el pasar junto a una terraza para arrojarse al patio, desde una altura de más de cincuenta metros.

—¿Muerto?

—Deshecho.

Hubo un silencio.

Callowan, que había sacado un habano, volvió a meterlo en el estuche. Y haciendo un gesto a su agente dijo con voz sorda:

—Dame un cigarrillo, Stan.

—Sí, señor.

Todavía se prolongó aquel penoso silencio.

Hasta que Donald, tras echar una bocanada de humo hacia el techo dijo:

—Ahora no puedo pensar como antes.

Y como el director le mirase, extrañado, el jefe de la SIP explicó:

—Cuando veníamos hacía aquí, dije a Lawlor que no estaba de acuerdo con estas conmutaciones de penas capitales. No me gusta, ésa es la verdad, que alguien rectifique la decisión de un jurado. Pero ahora es distinto... Porque hay un nuevo elemento, el miedo de Charlie a la muerte... y por eso sólo merecía la vida.

—Es una verdadera lástima. Y no vayan a creer que Charlie me era simpático — dijo Lewis.

—A ninguno de nosotros es simpático un delincuente, pero vuelvo a decir que este final imprevisto me ha sorprendido desagradablemente.

Y tras una pausa preguntó:

—¿Podemos ver el cadáver?

—Desde luego — repuso el director, poniéndose en pie —. El doctor está intentando arreglarlo para enterrarlo lo más decentemente posible... ¿Vamos?

—Sí.

Los dos hombres de la SIP se levantaron y siguieron a Lewis, que les llevó a uno de los ascensores. El vehículo se hundió en las entrañas del edificio, deteniéndose en el tercer sótano, donde el Depósito estaba situado.

La habitación era amplia y fría, Una luz tenue la iluminaba excepto sobre una de las mesas, en las que una lámpara portátil ponía de relieve, en aquel momento, una de las escenas más escalofriantes que jamás hubieran contemplado ojos humanos.

Un hombre joven, de mirada inteligente, estaba inclinado sobre aquella mesa.

Y sobre ésta...

¿Quién se hubiera atrevido a afirmar que aquello eran los restos de un ser humano?

Callowan no vio más que una mancha rojiza, que dejaba ve otras cosas internas: un espectáculo que, a pesar de su sangre fría, no dejó de impresionarle.

El médico, al darse cuenta de su presencia, se incorporó, adelantándose hacia ellos.

La mirada de los tres hombres se clavó en las manos cubiertas de guantes que la sangre había tornado rojos, salpicando la bata y los desnudos antebrazos del médico.

—El señor Callowan, jefe de la SIP — presentó al doctor—y uno de sus agentes. El señor...

—Lawlor — concluyó Stanley.

Pero ninguno de ellos, naturalmente, tendió la mano al doctor.

Y éste, con una triste sonrisa en los labios dijo:

—Estoy haciendo lo posible, señores... pero su estado es verdaderamente desastroso.

Y como ninguno de ellos despegara los labios siguió informando:

—Se reventó por completo. Tuve que recoger vísceras del patio...

—Está bien, doctor —cortó Lewis, cuyo rostro había palidecido visiblemente—. ¿Cuándo podremos enterrarlo?

—Esta misma noche.

—Bien. ¿Vamos, señor Callowan?

—Sí. Encantado de haberle conocido, doctor...

—Harry Crover. Igualmente, señor Callowan.

—Adiós.

Una vez en el ascensor, Lewis emitió un suspiro.

—¡Vaya espectáculo, ¿eh?!

—Deprimente — dijo Stan—. Nunca había visto nada semejante.

—Sí, era muy desagradable — resumió Donald Callowan.

Y cuando llegaban al despacho dijo:

—Lamento sinceramente no haber llegado a tiempo Porque, después de todo, cuando un hombre se desespera hasta hacer lo que ha hecho Charlie, merece, desde luego, una oportunidad.

No se detuvieron mucho tiempo en el despacho, siendo acompañados por el director hasta la terraza, donde subieron al helicoche, que se elevó momentos más tarde.

Acababan de dejar la terraza cuando Callowan señaló una pequeña zona, a un par de kilómetros de la prisión.

—¿Ves aquello?

—Sí. ¿Qué es?

—El cementerio de la penitenciaria.

Stanley se estremeció.

—¿Es allí adónde van a llevar a Charlie?

—Sí. El destino es una cosa curiosa: estaba visto que Berliner tenía que acabar allí.

—¿Es que no le hubiera pasado lo mismo de serle conmutada la pena... en vida?

—No. Ya sabes que los condenados a cadena perpetua van a Marte.

—Es cierto.

—Hubiera sido enterrado, al suceder su muerte natural, en un planeta distinto.

Durante el resto del viaje, hasta el espaciódromo de Los Ángeles, no hablaron casi nada; prefiriendo no hablar más de aquello.

El Intercontinental cohete les llevó, en menos de una hora, a Washington, donde otros trabajos y otras preocupaciones les esperaban.

* * *

La muchacha estaba sentada en la hamaca y los tres hombres que jugaban al póquer en la mesa, le dirigían frecuentes miradas cargadas de deseo.

Aunque ninguno de ellos se hubiera atrevido a dar un paso hacia ella.

No obstante, a Doris le gustaba exacerbarlos y así, ahora, en una postura digna de la más refinada de las “cower-girls”, sabía que era admirada por los hombres, Y simulando que leía una revista de modas, disfrutaba con aquella situación.

En, realidad, desde que se habían reunido allí, esperando la llamada telefónica, la muchacha no había hecho más que poner nerviosos a los hombres, sonriendo detrás de la revista al imaginar sus expresiones.

Abandonada por su hermano y sin padres, Doris había crecido en un ambiente salvaje, logrando, nadie se explicaba cómo, salvarse siempre de los ataques de los elementos del otro sexo. Así había adquirido una ciencia que se basaba en su confianza en ella misma. Y en su destreza con el revólver.

Ellos sabían perfectamente que no podían jugar con aquella muñeca que estaba definitivamente fuera de su alcance. Primero, porque era la hermanita del jefe y que éste no gastaba bromas con nadie. Y segundo, porque aquella "apacible doncella" era muy capaz de terminar de encender un cigarrillo después de llenarle a uno las tripas de plomo.

¡Un encanto! En todos los sentidos, porque si alguna mujer se hubiera puesto al lado de Doris, aunque hubiese sido Miss Mundo en persona, hubiera tenido que bajar la cabeza, positivamente avergonzada de su inferioridad.

James repartió las cartas y aprovechándose de la distancia que mediaba entre la mesa y la hamaca que ocupaba la joven dijo:

—¡No puedo más!

Frente a él, Samuel sonrió:

—¿Lo dices porque pierdes?

—¡Vete al infierno! Como si no te pasase a ti lo mismo.

Samuel Crage se volvió parcialmente hacia la muchacha. Y con el ceño fruncido dijo:

—No os preocupéis. Algún día encontrará la horma de su zapato y entonces no se mostrará tan orgullosa.

El tercero de los hombres, Jean Lumoux, un canadiense francés, alto, bien parecido y creído de su personalidad "irresistible" dijo:

—Perdéis el tiempo, muchachos. Si esa chica ha de salir con alguien en el futuro, será con un tipo como yo.

—¡Calla, idiota! —rugió James Rock, una potente masa de músculos y malas intenciones—. Es mucha mujer para un tiparraco corno tú. ¡Te echarías a llorar si te dijese que le dieses un beso!

Rio, encontrando sumamente graciosa aquella ocurrencia suya.

Pero Jean, cerrando los puños, amenazó:

—¡Algún día te clavaré un cuchillo, James!

—Seguro que lo harás por la espalda—rio éste.

—Puede que sea así — siguió diciendo el francés en tono frío —pero, de todos modos, cuando lo tengas clavado hasta el mango, no reirás así. Te lo aseguro.

Rock se encogió de hombros.

—Nunca hago caso de tipos como tú.

—¿Es que no vamos a seguir jugando? —intervino Samuel—. ¡Ya empiezo a estar harto de vuestras idiotas discusiones!

James volvió a barajar y repartió las cartas. Mientras lo hacía, su mirada fue rápidamente hacia Doris.

Se mordió los labios.

“Algún día tendré suerte — pensó — y me convertiré en un jefe, en un “caid” importante... Entonces no dudaré en acercarme a esa muñeca, aunque no sea más que para hacerle pagar todo lo que me ha hecho sufrir...”

—¡Estás dormido! — gruñó Samuel Crage-—. ¿Es que no te has dado cuenta de que estamos esperando el descarte?

En aquel momento el teléfono sonó, haciendo que los tres hombres abandonasen las cartas, fijas las miradas en el aparato.

Después miraron a Doris.

Ésta se había puesto en pie, alisando su falda, con una sonrisa de conmiseración hacia los tres.

El teléfono seguía sonando.

Y Rock, incapaz de controlarse, gritó:

—¿Es que no oyes el aparato?

—No te agites, James —rio ella, dirigiéndose lentamente hacia la mesita sobre la que yacía el combinado—-. Yo sé muy bien cuál es el motivo de tu malhumor; pero — se encogió de hombros— ¿qué quieres que yo le haga? ¡Eres tan poca cosa!

James cerró los puños y todos pudieron oír el ruido seco que hacían las articulaciones de sus dedos.

Pero no dijo nada.

Finalmente, ella llegó al aparato.

—“Hello” —inquirió, con voz melodiosa, tras descolgar.

—Soy yo, Doris.

—¡Hola, hermanito! ¿Qué hay de nuevo?

—Es para esta noche, pequeña.

—¿De veras?

—Sí. Díselo a los otros, Tomad el helicoche más grande y obrad con cuidado.

—No te preocupes por los detalles: yo dirigiré la operación.

—¡Eres una ayudante maravillosa, Doris!

—¡No lo sabes tú bien!

Hubo un corto silencio.

—Tened mucho cuidado—dijo la voz en el otro extremo del hilo—. Seguid las instrucciones que tantas veces os he repetido.

—¿Y él, hermano? — inquirió la muchacha.

—¿Qué quieres decir?

—¿Va a convertirse en el jefe?

—No. Somos asociados.

—Entonces ¿dará órdenes?

—Mientras yo no pueda estar con vosotros tendréis que hacer lo que él diga.

—No me gusta mucho.

El comunicante dejó escapar una risita breve.

—¡Cómo te conozco, pequeña! No te preocupes..., yo seguiré siendo el mandamás. Y tu presencia a su lado me será preciosa, ya que podrás informarme, si es necesario, de cualquier cosa rara que veas. Pero, por lo que más quieras, no te dejes arrastrar por tu carácter: avísame antes.

La voz de la muchacha adquirió un tono meloso:

—Me has prometido muchísimas cosas, hermanito. ¿Lo recuerdas?

—Todo lo que desees lo tendrás, Doris.

—¡Eres un sol!

—Bueno. Comunica mis órdenes a los muchachos e id preparando las cosas. ¿De acuerdo?

—De acuerdo. ¡Adiós!

—Buena suerte, Doris.

—Gracias.

Todavía había una sonrisa de satisfacción en el rostro de Doris cuando, antes de volverse a los hombres, posó suavemente el combinado sobre la horquilla.

CAPÍTULO II



AS sombras de la noche habían caído cuando Doris, acompañada por los tres hombres, subió al helicargo que poseían y que tenían en una estación de alquiler en las afueras de la ciudad.

Samuel tomó los mandos, haciendo que el aparato se elevase, dirigiéndose hacia el este.

Durante los diez primeros minutos y mientras el helicargo se alejaba de la ciudad, cuya poderosa iluminación fue quedando atrás, sus ocupantes permanecieron en silencio fumando sin cesar, contemplando la zona oscura sobre la que el aparato iba deslizándose tan rápida como silenciosamente.

Doris iba sentada junto a Samuel y no dijo nada hasta que consideró que había llegado el momento de hacerlo.

—¡Elévate un poco, Crage! Nos estamos acercando de un momento a otro.

—No veo nada aún.

Ella sonrió, con el cigarrillo en los labios.

—He estado haciendo este viaje, con mi helicoche, tres veces por semana. No lo olvides. Sería capaz de ir por ese camino con los ojos cerrados.

—Bien. Lo que tú digas.

Samuel hizo que el aparato se elevase un centenar de pies.

Al cabo de unos cuantos minutos más, Doris y él vieron una iluminación en el horizonte.

—Ahí está— dijo ella.

—¿Qué hacemos ahora?

—Toma rumbo norte. Ya te diré cuándo has de cambiarlo de nuevo.

Samuel no se hizo repetir la orden.

Como sus compañeros, no tenía más remedio que admirar a aquel diablo de mujer, aunque deseara vengarse de ella como los otros. Y más que nada por la provocación constante y malvada de que ella les hacía víctimas, por el momento atados de pies y manos.

No era momento entonces de preocuparse precisamente de aquello. Samuel, como los demás, se preguntaba qué iba a ocurrir en aquel viaje, ya que Doris no les había dado más que una información fraccionaria e

incompleta. Lo único que sabían es que los tiempos iban a cambiar y que la banda, que hasta entonces había vegetado viviendo de asaltos de pequeña escala y tan peligrosos como improductivos, iba a gozar de algo seguro y sencillo.

Y no era Doris quien lo había prometido, sino su hermano.

El jefe poseía una personalidad especial y sabía imponerse fácilmente, sobre todo porque siempre había cumplido lo que se atrevió a prometer.

—Hacia el este ahora —dijo Doris, rompiendo el hilo de las ideas de Samuel—. Y baja decididamente. Ya te diré dónde has de posarte.

—Bien.

El helicargo describió un semicírculo, descendiendo después francamente, como si se deslizase por una suave pendiente imaginaria.

Las características del terreno, completamente llano, se prestaban a un aterrizaje sin riesgos. El helicargo llevaba todas las luces de a bordo apagadas y sólo los puntos ígneos de los cigarrillos rompían la negrura del ambiente.

—¡Aterriza!

—¿Ahora?

—¿Es que no hablo claro?

¡Siempre aquella manera despótica de ordenar!

Samuel se mordió los labios, pero no dijo nada.

Momentos después el helicargo se posaba con dulzura sobre un terreno áspero, vibrando un poco antes de detenerse por completo. Las palas del estabilizador y las hélices de los rotores siguieron rodando unos instantes, cada vez menos sonoras.

Hasta que el silencio fue completo.

Doris se puso en pie.

—Vamos — dijo—. Tomad las herramientas.

Obedecieron. Rock con un pico y los otros dos con sendas palas abandonaron el aparato, precedidos por la muchacha, que llevaba una descomunal linterna en la mano.

Cuando estuvo en tierra, echó una ojeada al reloj de esfera luminosa. Luego dijo:

—Vamos, aprisa. Así podremos llegar a tiempo.

La siguieron y, tras caminar una media docena de minutos, se detuvieron junto a una valla de cemento de no mucha altura. Una relativa claridad se veía al otro lado, por encima del muro.

Acercándose, se asomaron con cuidado, echando una ojeada al interior del pequeño y silencioso cementerio.

La escena no podía ser más tétrica.

A la luz de un reflector, unos hombres terminaban de cavar una fosa. Junto al que estaba al lado de la luz se veía la forma alargada de un féretro de sencilla madera de pino.

Jean, el franco-canadiense, se pasó la lengua por los labios.

No le gustaba aquello.

Enemigo de las escenas de aquel tipo, no sabía de la muerte más que darla sin complicaciones, pero también sin pensar en las fúnebres escenas que seguían forzosamente, a la "eliminación" de un enemigo.

Por el contrario, James Rock sonreía, mirando de reojo a la muchacha, con la vana esperanza de verla palidecer.

—¡Pero... sí, sí!

Hacían falta otras cosas para conmover a Doris, quien dándose cuenta de las miradas de Rock, se volvió hacia él, sonriendo. Y en voz baja, aprovechándose del ruido que los hombres hacían al cavar, preguntó burlona:

—¿Qué tal te sentaría un buen pijama de pino, Rock?

—¡No serás tú quien lo vea!—gruñó él.

—No grites tanto, estúpido. ¿O Quieres que ésos nos inviten a hacer compañía al de la caja?

Una vez terminada la tumba, los hombres dejaron caer el ataúd, apresurándose a cubrirlo de tierra. Trabajaban aprisa, como si deseasen terminar rápidamente y de una vez aquella labor.

Cuando la tumba quedó llena, con un montículo sobre ella, uno de los hombres le dio forma, aplanándolo con algunos golpes de pala. Luego, echándose la herramienta al hombro, precedido por los demás, se alejó de allí.

Ni Doris ni sus hombres se movieron hasta que no oyeron cómo se alejaba el vehículo que había traído a los enterradores hasta allí.

Cuando estuvieron completamente seguro; de que el coche estaba lejos, la muchacha ordenó:

—¡Adelante!

Saltaron con suma facilidad la tapia y se dirigieron directamente a la tumba que los otros acababan de cerrar.

—¡Aprisa!

Tras quitarse las chaquetas, los tres hombres empezaron a abrir de nuevo la sepultura, en silencio, dejando oír sólo sus respiraciones que el trabajo fue haciendo más intensas.

Cuando una de las herramientas golpeó, con lúgubre acento, el ataúd, Doris, que observaba junto a la tumba el trabajo de los tres hombres, adelantó un paso y exclamó:

—¡Cuidado!

Rock, que manejaba el pico, hizo un gesto, ordenando a. los otros dos que

se apartasen, dibujando después, con el borde afilado de su herramienta, el contorno del féretro que, minutos más tarde, quedaba al descubierto por su parte superior.

Lo demás fue relativamente sencillo.

La luz de la linterna que la muchacha tenía en su mano sin el menor temblor, agigantaba tremendamente las sombras de los tres hombres, haciéndoles parecer inclinados como estaban, descomunales jorobados.

Samuel se volvió hacia la luz y obligó a Doris a bajarla un poco para no cegarle.

—¿Tenemos que llevarnos la caja? — preguntó.

Doris exclamó:

—¿Estás loco? Sacadle de dentro y llevadle con cuidado al helicargo. Luego llenaremos esto de nuevo, dejándolo como estaba.

Fue Rock quien de un golpe con el pico arrancó la cerradura, abriendo después la tapa, sin más ni más.

Samuel ahogó un juramento y Jean se llevó las manos a la boca, dejando caer su pala, ahogando el grito que pugnaba por salir de su garganta.

—¡Por todos los demonios! — exclamó Rock.

Doris dio un paso más hacia adelante, de manera a iluminar claramente el interior del sarcófago.

Desde luego el aspecto que ofrecía el muerto no había variado mucho de lo que Callowan y su agente vieron en el depósito de la prisión, a no ser que el cuerpo estaba ahora vestido y que sólo la cabeza, atravesada por un corte abyecto, mostraba un cuadro verdaderamente horripilante.

—¡Maravilloso!—exclamó la muchacha.

El franco-canadiense se estremeció de pies a cabeza.

—¡Cogedlo! ¡Vamos!—ordenó ella—. Sacadlo con cuidado...

Rock se volvió y una sonrisa demostró a la Joven que, como siempre, era el primero que había recobrado su serenidad.

—¿Temes que le hagamos daño? — inquirió con sorna.

Ella se encogió vagamente de hombros.

—¡No seas estúpido ni gracioso, James! Si te he dicho que lo cojas con cuidado es que está tan vivo como tú.

Intervino Jean, mucho más pálido aún que el que yacía en la caja.

—¿Vivo?—-inquirió, con una mirada extraña hacia la joven.

—Sí. ¡Vaya grupo de medio-hombres que ha buscado mi hermano! ¡A ver si tendré que ser yo misma quien lo saque de ahí!

Aquello fue como algo que espolease a Rock, que se inclinó y sacó el cuerpo con una facilidad asombrosa.

—Bien — dijo Doris—. Ayúdale, Samuel. Jean y yo os esperamos aquí. No tardéis demasiado.

Crage cogió el cuerpo por los pies y los dos hombres se alejaron hacia el muro. Hasta que no lo hubieron pasado, Doris, les iluminó con la linterna; pero luego, volviendo a enfocar la tumba, dijo;

—¡Trabaja, Jean! Hay que aprovechar el tiempo mientras esos dos regresan para ayudarte.

Lumoux se pasó la mano por la frente, que tenía empapada en sudor. Se inclinó para recoger la pala. Pero antes de empezar se volvió hacia la joven, preguntándole:

—¿Cómo es posible que seas así, Doris? ¿Cómo es posible?

Doris inquirió:

—¿Qué quieres decir?

—Qué no comprendo cómo una mujer como tú, hermosa, delicada, tremendamente femenina, pueda ser de esa manera tan fría, tan sin corazón...

—¡Blablablá! Deja de darme la lata y ponte a trabajar... ¿O acaso esperabas que me desmayase para que tú me cogieras en los brazos de héroe de pacotilla?—Y como él no dijese nada siguió diciendo—: ¡No te hagas ilusiones, Jean! Si me hubiera dado por desmayarme, seguro que no serías tú quien ahora me tendría en sus brazos. Ni Samuel tampoco...

Juan había empezado a palear. Con furia. Y ella, segura ahora de que había empezado a mortificarle de veras, con una sonrisa maliciosa, preguntó:

—¿Has pensado alguna vez en que podríamos quedarnos solos, los cuatro, en una isla desierta, por ejemplo? ¿Crees qué serías capaz de defenderme contra los otros dos?

Lumoux se volvió, frenético.

—¡Claro que te defendería! Aunque no sé si merecería la pena hacerlo...

Ella lanzó al aire una risa aún más hiriente y sardónica que sus palabras.

—¡Iluso! Samuel y Rock te destrozarían antes de que te dieses, cuenta de ello — hizo una pausa; luego, con un tono de voz completamente nuevo—: Y sin embargo, débil y cobarde como eres, me gustas más que los otros... ¿Por qué no me besas, Jean?

Él se volvió, mirándola con los ojos desmesuradamente abiertos.

Durante unos segundos estudió el rostro de la mujer, buscando un poco de sinceridad en él. Y cuando creyó encontrarla preguntó:

—¿Aquí? ¿No crees que este sitio...?

—¡Precisamente por eso, Jean! ¡Un cementerio! ¿Te das cuenta? Como testigos de nuestro primer beso los cuerpos podridos de todos los que salieron, con los pies por delante de la Cámara Electrónica. ¿No es emocionante?

—Pero...

Ella dio un nuevo paso hacia él, desafiándole.

—¡Bésame, Jean! Cualquiera de los dos no se habría hecho rogar de esta manera. ¿O es que no te gusto?

El hombre se pasó la lengua por los labios.

—¡No digas eso, Doris!

—¡Hazlo entonces! ¡Ven!

Jean dio un paso hacia ella, pero, sus ojos se separaron de la silueta de la muchacha, echando una mirada a su alrededor, donde las tumbas ponían una nota de soledad infinita sobre el suelo.

—¡No puedo! ¡No puedo!

Doris sonrió. Los pasos de los otros dos, que volvían, rompieron la tensión nerviosa de la escena.

Y Jean bajó loa ojos, sintiéndose el hombre más desdichado del universo.

—Lo hemos colocado en la camilla — explicó Rock.

—Bien. Seguid cubriendo la tumba. Yo voy a ir a echarle una ojeada y ponerle una inyección. Os dejo la linterna.

Se la entregó a Samuel y dio unos pasos hacia el muro; pero, volviéndose con brusquedad, soltó:

—¿Sabes una cosa, Rock?

—¿Qué? — inquirió el aludido.

—He dicho a Jean que me diese un beso y no se ha atrevido.

Y se alejó, riéndose, incapaz de controlar la hilaridad que había estallado en ella.

Cuando se quedaron solos, Rock miró al franco-canadiense.

—¿Es cierto lo que ha dicho, muchacho?

Pero el otro no dijo nada. Se había puesto a trabajar, mordiéndose los labios con fuerza, hasta hacerse sangre y dejando que las lágrimas bajasen por sus mejillas, llevando a su boca un sabor salado y amargo.

James movió la cabeza de un lado para otro, poniendo después la mano sobre uno de los hombros del joven.

Pero éste se desasió bruscamente, y volviéndose a él le espetó:

—¡Déjame! ¡No quiero lástimas! Además ya me lo dijiste esta tarde ¡Sabías que no iba a atreverme! ¿Es cierto?

—No te pongas así: esa mujer es un demonio.

—¡Lo sabías! ¡Lo sabías! ¡Estabas seguro de que si me pedía que la besase iba a tener miedo de hacerlo!

—¡No seas estúpido! Nunca te hubiera dejado acercarte. Te habría golpeado con la linterna. ¿No te das cuenta de que es una serpiente? Nos está, buscando las cosquillas, sabiéndose respaldada por el Jefe... Pero no te

preocupes, chico,.. Rock se vengará de ella. Y el día que la tenga a mi merced, reiremos todos; puedes estar seguro.

No tardaron mucho en dejar la tumba aproximadamente como estaba antes. Después fueron hacia el lugar en que estaba el aparato.

Una vez en el interior, vieron que Doris había pasado a la cámara posterior y que estaba sentada junto a la camilla donde yacía el cuerpo de Charlie.

—¡Vamos! ¡Vamos! —gritó ella—. Está casi recuperado y hemos de darle un baño bien caliente al llegar a casa.

—¿Vamos directamente? — inquirió Samuel, sentándose ante los mandos.

—Da un poco de vuelta, idiota. ¿O es que quieres que después del trabajo que hemos hecho nos descubran los centinelas de la prisión?

Crage no dijo nada y encendió los motores,

Y Doris, asomando la cabeza por la puerta de la cabina, Inquirió, con una sonrisa:

—¿Qué tal va eso, Jean?

Los ojos de Rock lanzaron chispas.

—¡Deja tranquilo al muchacho, Doris! Te gusta jugar con fuego, pero un día u otro te quemarás.

Ella sacó rápidamente el revólver del que nunca se separaba.

—¿Miedo al fuego con este extintor, James? Prueba un día y ya verás qué rato te hago pasar... ¿Verdad que lo harás, Rock?

—Lo prometo — repuso el hombre, volviéndole la espalda.

El aparato se elevaba en aquel momento.

CAPÍTULO III


AMONA CITY había nacido, al otro lado de la frontera, de la antigua frontera mexicana, quizá por el atractivo que la belleza de la región había despertado en muchos que, al principio, pasaban una temporada en aquel lugar, terminando después por quedarse, debido al ambiente que, poco a poco, se iba imponiendo.

La ciudad, con sus treinta mil habitantes, era un lugar limpio, de anchas avenidas y edificios de altitud moderada. Había algunos parques públicos para los niños y una extensión de terreno verde que rodeaba a Ramona City junto al río. Estaba en una situación ciertamente privilegiada.

Acuella tarde un hombrecillo diminuto, de aspecto simpático, con la estrella de alguacil sobre la multicolor camisa, salió de su oficina a dar su cotidiano paseo por la Central Avenue, la calle más importante de la ciudad.

En aquellos momentos Orson Funker, que iba a ser después el más importante testigo de los hechos, estaba muy lejos de prever lo que iba a ocurrir. Para él la ciudad ofrecía como siempre aspecto de paz y tranquilidad.

En realidad, la prosperidad de Ramona City no había dejado de crecer y las gentes tenían el suficiente sentido común para no violar las leyes que, por otra parte, no eran tan exigentes como para ahogar a nadie.

Orson iba saludando a los muchos que le conocían, casi todos. Con el cigarrillo en los labios, fue avanzando por la avenida, un tanto orgulloso de todo aquello, como si estuviese hecho exclusivamente por él.

Como Orson sentían también el juez y los demás miembros importantes de la ciudad: todos ellos estaban orgullosos de ella. Aquello, además de no hacer daño a nadie, creaba un ambiente de intimidad y comprensión entre las autoridades y los ciudadanos mismos.

Las primeras luces se habían encendido mostrando el interior de los elegantes y bien aprovisionados escaparates. Porque, debido al clima cálido de la región, la vida ciudadana, incluso la comercial, empezaba en Ramona City en cuanto desaparecía el sol por el horizonte.

Orson estaba satisfecho de su trabajo.

Entonces se animaban sus calles y la gente, a la que el calor había obligado a permanecer en sus casas, disfrutando de los modernos procedimientos artificiales de regulación de la temperatura, salía a la calle, llenándola de alegría.

Central Avenue era entonces como un intenso chorro de los mil colores.

Los almacenes empezaron a recibir la visita de los curiosos y de los compradores. Y, del mismo modo joyerías, tiendas de helicoches y automóviles, establecimientos de todas clases, exponían sus tesoros a la vista de la gente que se detenía para admirar, entrando también para realizar compras importantes, ya que el nivel económico de la ciudad, y sobre todo el de sus visitantes, era, muy elevado.

Orson tenía una idea bastante concreta de la fabulosa cifra de negocios que se hacía en la ciudad.

Y ahora, mientras contemplaba al público ante los almacenes y tiendas, se decía que había pocos lugares tan ricos como aquel.

Conocía casi a todos, pero también había gran cantidad de forasteros, todos ellos pulcramente vestidos.

—¡Hola, señor Funker!

El alguacil se volvió, sonriendo a un joven alto, de anchos hombros, vestido con un traje blanco y cuya solapa estaba adornada por una insignia como la suya.

—¡Hola, Walter!

Ei joven era uno de sus ayudantes.

—Excelente noche, ¿eh, señor Funker?— exclamó Walter.

—Sí, sobre todo para ti, perillán. Estás libre hoy, ¿verdad?

—Sí. Pero he pasado una semana entera de servicio y creo que ya era hora de poder gozar de un poco de libertad.

—¿Por qué no te has quitado la insignia?

El otro se miró, sorprendido al ver que la llevaba colgada. Y quitándosela exclamó:

—¡Dios mío! Ya lo dice mi madre... “Duerme con ella, Walter.” Es tanta la costumbre de llevarla que cuando me la quito me parece que voy desnudo.

El alguacil sonrió.

—Ahora está mejor — dijo, mirando la solapa del joven—. ¿No te das cuenta de que cualquiera, al ver la chapa, puede reclamar tu ayuda?

—Es cierto. Y hoy, sobre todo esta noche, no quiero que nadie me moleste.

—¿Algo importante?

—Voy a casa de Helen, señor; quiero pedirla a sus padres.

—¡Caramba, caramba! ¿Conque ésas tenemos?

—Sí, señor,

—¡Pues guardadito te lo tenías, granuja! Claro que todos te hemos visto con esa muchacha, pero no creíamos que las cosas fuesen tan aprisa.

—Nos casaremos el año que viene.

—¡Estupendo!

Hubo una pausa que Orson aprovechó para encender un nuevo cigarrillo. Después, mirando al joven, dijo:

—Haces muy bien, muchacho. Una vida de hogar es lo que más conviene a un hombre. ¿Vas a dejarnos cuando te cases?

—¡De ninguna manera, señor! Helen está de acuerdo conmigo para que siga en la policía. Si se tratase de otra ciudad, donde el peligro está siempre latente para un defensor de la ley, sería distinto y estoy seguro que Helen no me dejaría seguir. Pero en Ramona City es muy distinto...

Orson dejó de mirar al joven, frunciendo al mismo tiempo el entrecejo. Había sacado una caja de fósforos e intentaba, vanamente, encender el cigarrillo.

Ninguna de las cerillas se encendía.

El joven sacó un encendedor y lo tendió hacia su jefe. Pero tampoco logró que se encendiese.

—Es extraño... — musitó Orson.

Miró entonces a su alrededor y vio que otros hombres y mujeres luchaban también por encender sus cigarrillos que se habían apagado, todos al mismo tiempo.

—¿Qué ocurre, señor? — inquirió el joven.

Orson dijo:

—No lo sé..., no me lo expli....

No pudo terminar la frase.

Da repente, sin previo aviso, una negrura horrible le rodeó, como si acabase de perder la vista en aquel instante.

—¡No veo! — exclamó, alarmado seriamente.

—Yo tampoco, señor—dijo Walter, a su lado—. Se han apagado todas las luces.

Un griterío infernal había estallado por doquier y algunas mujeres lanzaban a gritos desgarradores.

“Mi linterna”, pensó el alguacil.

Siempre a llevaba consigo y la buscó, ansiosamente, sacándola del bolsillo posterior del pantalón. Accionó el resorte..., pero ninguna claridad surgió.

El griterío y la confusión crecieron, convirtiéndose pronto en un rugido espantoso, al mismo tiempo que la gente, asustada, empezaba a correr locamente, de un lado a otro, atropellándose sin piedad alguna.

Orson dejó caer la linterna, extendiendo el brazo para coger el del joven.

—¿Eres tú, Walter? — inquirió.

—Sí, señor.

—No nos separemos. Hay que hacer algo para que la gente deje de correr.

Se harán daño sin darse cuenta.

Pero los gritos, las exclamaciones y las imprecaciones, muchas de ellas groseras, dominaban ya por todas partes. La gente corría y los dos hombres tuvieron que luchar para mantenerse no solamente en pie, sino unidos.

—Sujétame bien, Walter — dijo el alguacil.

Walter preguntó:

—¿Qué va usted a hacer?

—Sacar la pistola y tirar al aire. Quiero que la gente me escuche.

—Bien.

Minutos después, Orson apretaba el gatillo, disparando hacia el cielo.

Consiguió lo que deseaba.

Y cuando creyó que el silencio era suficiente, gritó:

—¡Escuchen todos! ¡No griten, ni se empujen! Permanezcan quietos, y así evitarán desgracias personales... No ocurre nada, soy el "sheriff" de Ramona City... ¡No teman nada! Se trata de una avería de la luz y no tardará en arreglarse. ¡Por favor! ¡No se hagan daño!

Estaba satisfecho de lo conseguido, ya que el silencio sólo se vio cortado por los rumores afirmativos de los que habían comprendido que las palabras del alguacil estaban llenas de justeza y lógica.

Pero en aquel momento una voz sonó cerca de Orson:

—¡Guarda esa pistola, imbécil!

—¿En?

No pudo hacer más.

Recibió un golpe brutal en la cabeza, produciéndole una sensación de irresistible dolor. Después sus piernas parecieron negarse a sostenerle y hubiese caído de bruces de no sujetarlo Walter, quien también había oído la misteriosa voz.

* * *

El hombrecillo tenía la cabeza vendada y una expresión de preocupación cubría de arrugas su demacrado rostro.

Sentado frente a él, Callowan, a cuya derecha estaba Stanley, terminó de encender su habano.

Luego comentó:

—¿Así que todo empezó con los fallos para encender el cigarrillo?

—Sí — repuso Orson. El cigarrillo se me apagó, de repente, sin motivo alguno. Intentamos encenderlo con fósforos y después con el encendedor de uno de mis hombres. Pero todo fue Inútil.

—¿Fue luego cuando las luces se apagaron?

—Sí. Todo quedó sumido en una oscuridad completa.

Donald asintió con un gesto de cabeza; después, quitándose el puro de la boca preguntó:

—Y esa voz señor Funker, ¿cuándo la oyó?

—Poco después de disparar al aire. Yo estaba viendo que iban a producirse víctimas, como ocurrió en el resto de la ciudad. La gente se había asustado y no sabía lo que se hacía. Como yo esperaba, mis disparos lograron un poco de silencio, que aproveché para rogarles que se quedasen quietos y conservaran la serenidad. Fue entonces cuando alguien, a mi lado, me dijo que guardase la pistola, llamándome imbécil y golpeándome inmediatamente. Eso es todo, señor Callowan.

—Bien. Ya sabrá usted que se robó a mansalva y que las pérdidas de almacenes y tiendas se elevan a más de ocho millones de créditos.

—Lo sé.

—Pero, si examinamos detalladamente la relación de lo robado, hemos de darnos cuenta enseguida de que los ladrones eligieron los objetos, sobre todo los más valiosos y los menos, voluminosos. Hubo, sin duda alguna, una elección cuidadosa, minuciosa... Por otra parte, la oscuridad duró cerca de tres horas, lo que demuestra que los ladrones tuvieron muchísimo tiempo para elegir lo que deseaban llevarse.

"Además, algunos detalles son verdaderamente precisos para hacerse una idea de lo ocurrido. En algunos establecimientos, los empleados o los dueños, al ver que la luz se iba, permanecieron al lado de las cajas o cerca de los lugares donde había mercancía de precio. Todos ellos recibieron golpes que les hicieron perder el conocimiento. Eso nos demuestra, sin lugar a dudas, que los ladrones veían perfectamente en medio de la oscuridad total reinante en la ciudad.

—¡Pero es imposible, señor Callowan! ¡Si ni siquiera alcanzaba a verme la mano!

—Ya lo sé. Anoche, las nubes cubrían el cielo totalmente y ya comprendo que al desaparecer la iluminación se produjese una oscuridad total... para ustedes.

—Pero ¿cómo podían ver ellos?

—No lo sé. No obstante, todo demuestra que así era. El que le golpeó a usted vio la pistola y, sobre todo, su cabeza para golpearle con la precisión que lo hizo. Por otra parte, los que robaron abrieron cajas, escaparates, con la misma facilidad que lo hubiera hecho de día.

—¡No puedo explicármelo!

—Yo tampoco, señor Funker. Pero el no poder explicar una cosa no deja, por eso de significar que ésta sea cierta.

—Desde luego.

—Hemos visitado a los responsables de la Central Eléctrica y ellos no saben nada. Al irse la luz, intentaron arreglar la avería sirviéndose de sus linternas. Pero éstas no dieron luz. Tampoco sirvió de nada lo que otras gentes intentó utilizar: fósforos, encendedores, velas... Nada encendía.

—Eso es lo entraño.

—Sí — dijo Callowan—. No hay duda de que nos encontramos ante alguien que no ha sido solamente capaz de anular todas las fuentes de iluminación de Ramona City, sino que posee la posibilidad de ver en medio de la oscuridad más tenebrosa. ¡Y lo ha aprovechado bien, qué diablo!

—¿Puedo hacer algo por usted? — se ofreció el hombrecillo.

—Nada. Muchas gracias, señor Funker. Nuestros expertos lo han examinado todo, sin hallar la menor huella, ya que los ladrones se aprovecharon de la terrible confusión que reinaba en la ciudad. Nosotros vamos a marchar a Washington para seguir estudiando el asunto.

Se había puesto en pie, siendo imitado por los otros dos.

Estrechó la mano que el alguacil le tendía.

Después dijo:

—Si descubrimos algo, ya se lo comunicaremos.

—Muchas gracias.

Momentos más tarde, los dos hombres de la SIP estaban en la calle, cuya normalidad era ya casi completa. No obstante, había muchas tiendas cerradas y algunos escaparates, con las lunas rotas, mostraban aún las huellas de la violencia de la noche anterior.

El hospital de la ciudad estaba repleto de heridos por cortaduras, pisotones o golpes recibidos del gentío en sus alocadas y ciegas carreras de un lado para otro.

Caminando por Central Avenas hasta el lugar donde había dejado el coche, Callowan y Stanley Lawlor fueron contemplándolo todo, sin hacer comentario alguno: Pero una vez en el vehículo Donald Callowan dijo:

—Esos pillos saben lo que se hacen, Stan, Nunca vi un robo llevado a cabo con tanta facilidad.

—¡E impunidad!

—Tienes razón: sobre todo, eso, impunidad. ¿Quién podía molestarles? Penetraron en las tiendas, en los Bancos, en los almacenes, que debían conocer ya con todo detalle, y fueron directamente al grano, sin perder un minuto.

—¿Ha pensado usted en el volumen de lo robado?

—¿Qué quieres decir?

—Que a pesar de elegir objetos pequeños y valiosos, lo que se llevaron abulta.

—¿Y qué?

—Que me gustaría saber cómo consiguieron llevárselo de aquí.

—También me agradarla saberlo yo.

—¿Olvida que los vehículos se paralizaron al apagarse las luces?

—Lo sé, Stan. Y eso puede explicarse sencillamente.

—¿Cómo?

—Deben de poseer algún procedimiento para interrumpir toda combustión, sea esta del origen que sea... Por eso los reactores de los coches se detuvieron.

—Creo que va a ser difícil detenerlos.

—Sí, eso mismo estoy pensando yo...

El vehículo, que Callowan había conducido velozmente, se detuvo a la entrada del astropuerto de la ciudad, donde les esperaba el helicohete que les había llevado a la Central y que ahora les iba a devolver a Washington.

Después de devolver el coche a las fuerzas de policía del astropuerto, Callowan y su agente, subieron al avión.

—Lo verdaderamente difícil —dijo Callowan, después del silencio que siguió al despegue—va a ser saber dónde se proponen dar el próximo golpe.

—¿Cree que lo darán pronto?

—No lo sé, pero te estaba hablando del sitio,

—Es verdad que necesitan ciertas circunstancias.

Donald se volvió hacia él.

—¿Qué insinúas, Stan?

—Sencillamente, que usted mismo ha oído decir que el cielo de Ramona City estaba cubierto anoche.

—Eso es cierto. Tendremos que ponernos en comunicación con los servicios da Meteorología, pero no creo que nos ayude mucho, ya que habrá centenares de ciudades que estarán bajo un cielo cubierto cada noche.

—Creo que tenemos otro detalle.

—¿Cuál?

—La importancia de la ciudad.

—Es cierto. No está mal tu hipótesis, muchacho. Por el momento, y mientras no podarnos hacer otra cosa más importante, controlaremos las ciudades pequeñas, como Ramona City, y sobre todo aquellas que tengan un cielo cubierto.

—Hay algo más: Ramona City abría sus almacenes por la noche.

—¡Eso es un buen detalle! Creo que tu cerebro funciona hoy maravillosamente, Stan.

El agente sonrió, complacido.

CAPÍTULO IV



STABAN reunidos en la más grande habitación de la casa, el “living”, cuyos muebles habían sido amontonados en las habitaciones vecinas, ya que no había apenas sitio para los paquetes que ocupaban la totalidad de la estancia.

James, Samuel y Jean clasificaban los objetos. De pie, con un bloc en la mano, Doris iba anotando lo que los hombres le decían.

Llevaban cerca de cuatro horas trabajando, y ahora, que faltaba poco, empezaban a aparecer señales de cansancio en rostros, incluso en el de la muchacha.

Cuantío Jean le dictó el último objeto, ella lanzó un suspiró, cerrando el bloc.

—No está mal, ¿eh, muchachos? Pero la próxima vez habrá que hacer una selección mayor. Hay cosas que no podremos vender.

—¿Te refieres al visón? — dijo Rock, mirándola fijamente.

—¡Ese abrigo es mío! — exclamó ella, con una luz de cólera en los ojos—. ¡Lo cogí para mí!

—Desde luego, desde luego... ¿no esperabas que te lo cogiese yo?

—¡Imbécil!

Rock rio, divertido al comprobar que la había puesto furiosa.

Luego dijo:

—Si te hubieses portado bien con Jean, el muchacho hubiera buscado un buen regalo para ti. ¡Pero no dejaste que te besase!

Ella le fulminó con la mirada.

—¡Qué gracioso! ¡Como si yo necesitase que alguien cogiese algo para mí! Tengo dos manos y sé lo que necesito.

Iba Rock a decir algo más cuando la puerta se abrió, dejando pasar a un hombre alto, de unos cuarenta años de edad, con el pelo blanco cortado muy corto, cejas del mismo color y ojos grises.

—¿Habéis terminado ya? — preguntó.

Ellos asintieron, poniéndose en pie, en medio de los objetos acumulados en paquetes y las cajas con dinero, en billetes y pocas monedas.

—Sí— dijo Samuel.

El recién llegado no había separado los ojos de todo lo amontonado allí.

Y tras un silencio, que duró un par de minutos, manifestó:

—La próxima vez no nos dedicaremos más que al dinero y a las joyas. Esta vez habéis cogido demasiadas cosas que no tienen valor para nosotros.

—No lo dirás por, mi abrigo, ¿verdad, Charlie?— inquirió la muchacha con un tono de rebelión en la voz,

Charlie Berliner levantó los ojos, posando su mirada en la joven. Ni un sólo músculo de su rostro cambió de posición.

—Sí, Doris—dijo con una voz tremendamente tranquila —. Entre otras cosas, me refiero a tu abrigo. Nunca más pensarás en ti cuando trabajes con nosotros. Si Quieres comprarte algo, podrás hacerlo cuando hayamos repartido el total: tendrás dinero suficiente para hacerlo.

Doris exclamó:

—¡Yo no tengo que recibir órdenes de nadie!

El tono de la voz del hombre no se modificó en absoluto.

—Te equivocas, Doris. Mientras tu hermano está lejos de nosotros, yo soy el jefe aquí... te guste o no. Así que tendrás que hacer lo que te diga, si es que quieres seguir a nuestro lado.

—¡Se lo diré a Harry!

—Puedes hacerlo ahora mismo; será igual, ¿O crees que tu hermano va a preferir complacer tus estúpidos caprichos antes que seguir realizando un trabajo serio y productivo?

Ella se mordió los labios.

Durante unos segundos miró al hombre, fulminándolo mentalmente; luego tomó el hermoso abrigo y se dirigió a la puerta; pero antes de salir se volvió y amenazó:

—Será preciso que cuentes con mi odio, Charlie. Y te, advierto que no soy de las que perdonan...

Berliner se encogió de hombros.

—Déjanos tranquilos, muchacha... Tenemos que hablar de cosas serias, entre hombres.

Doris dio un portazo que hizo vibrar los cristales.

Y Samuel Crage, moviendo la cabeza, aconsejó:

—Tanga cuidado con ella, señor..., ¡es una fiera!

La mirada, fría de Charlie se posó sobre Crage, haciendo que éste se sintiese incómodo.

—No necesito consejos de nadie para saber cómo he de tratar a una niña maleducada y caprichosa— dijo.

—Perdone, yo...

—¡Basta, Samuel! Y vayamos al grano. Ya habéis visto con vuestros propios ojos que esta vez, en Ramona City, hemos hecho demasiadas tonterías. Yo lo comprendo todo, pero no estoy dispuesto a que se repitan los errores. Así, nuestro próximo trabajo, que ya se está preparando y. que haremos dentro de un par de días, debe realizarse de otro modo. Ya lo dije antes: sólo quiero dinero y joyas. ¿Entendido?

Todos ellos hicieron un gesto de asentimiento, al unísono.

Pero Rock manifestó:

—Quisiera saber una cosa, señor Berliner.

—¡No quiero que vuelvas a decir mi nombre, estúpido! — rugió el hombre —, Llamadme Chad, a secas. ¿Está claro?'

—Clarísimo, Chad.

—Bien. ¿Qué querías saber?

—He hablado con mis amigos y a todos nos duelen los ojos, después de esa inyección que nos pusieron. ¿Cree usted que nos dañara la vista?

—No. También me duelen a mí, pero esto es al principio. ¿Es que no os dais cuenta de que tenemos a! mundo a nuestros pies? La policía no podrá nunca intervenir en nuestro trabajo... ¡Todos están ciegos menos nosotros! En cuanto la luz se va, la ciudad nos pertenece por entero.

—Es cierto.

—Respecto a tus temores, puedes olvidarlos, Rock; nada te ocurrirá en los ojos.

—Está bien. Gracias, Chad.

Charlie miró entonces a Jean.

—Tengo que decirte algo, muchacho... ¡Que sea la última vez que golpeas a alguien sin necesidad y menos dejando que se oiga tu voz!

—¿Lo dice usted por el alguacil aquel?

—Sí. ¿Qué te importaba que siguiese disparando al aire? Hay que tener mucho cuidado, ya os lo advertí antes de empezar. Guardando silencio, nadie podrá reconocernos, los gantes evitan huellas... ¿Qué más podemos pedir? ¿Cuándo ha habido una banda que trabaje con la libertad de movimientos que lo hacemos nosotros?

Hubo una pausa.

Después Charlie continuó:

—Hay que seleccionar todo eso eliminando las cosas inútiles o comprometedoras. Por ejemplo, todos esos relojes, aunque sean de oro, hay que tirarlos.

—¿Eh? — se extrañó Samuel —. ¿No podríamos romperlos y aprovechar el oro?

—No. Tendremos todo el oro que queramos, pero debemos deshacernos de lo que nos comprometa. Imagina, que destrozas los relojes y que vas a vender el oro. ¿Crees acaso que la policía no espera un error de esos para tener una pista? Lo que nos interesa es el dinero y las joyas: éstas pueden modificarse y aquél se puede emplear en seguida.

—¿Y si anotan los números de los billetes?

—Imposible. Tendrían que hacerlo en todas las ciudades del mundo, ya que nunca sabrán dónde vamos a trabajar la próxima vez.

—¿Es que saldremos del país?

—Naturalmente: nuestro próximo golpe será en una pequeña ciudad inglesa.

Jean sonrió.

—¡Siempre me gustó viajar! — exclamó.

—Pues ahora tendrás ocasión de hacerlo — repuso Charlie—. Bueno,

muchachos, manos a la obra. Vamos a quitar todo lo que no nos sirva y lo enterraremos. ¿De acuerdo?

—¡O.K.! —repuso Rock, en nombre de todos.

* * *

La fatalidad hizo que el Astrocohete Intercontinental, que abandonaba Londres a las nueve de la noche, pasase en aquel justo momento por encima de la localidad inglesa de Workill.

El astrocohete estaba realizando su ascensión rápida hacia las capas exteriores de la estratosfera, por donde se dirigiría a su destino; pero, para colmo de desdichas y dada la proximidad de Workill a la capital británica, el aparato no había logrado una gran elevación y sufrió, de lleno, los misteriosos efectos que, en aquellos mismos momentos, estaba sufriendo la pequeña ciudad.

El piloto del astrocohete, naturalmente, no se dio cuenta de que Workill estaba completamente a oscuras. Para él, Inglaterra, desde el momento en que su aparato había despegado, no tenía ya ninguna importancia y su atención estaba concentrada en el viaje estratosférico.

Por eso, cuando la oscuridad le rodeó, al tiempo que sus reactores se apagaban, no tuvo tiempo de hacer absolutamente nada.

¿Cómo podía él imaginarse lo que estaba ocurriendo en la pequeña ciudad sobre la que pasaba en aquel momento?

De todas formas, poco importaba ya que lo supiese o no.

Las cien toneladas del astrocohete, en vuelo libre, continuaron su trayectoria, aparentemente normal, hasta que la fuerza de la gravedad se impuso, terminando por atraer al aparato, que se estrelló a un centenar de millas de la pequeña ciudad que había sido su causa.

Entretanto, Workill, sumida en una oscuridad completa, sufría el ataque silencioso y ordenado de los hombres de Chad, que se apoderaron, con toda tranquilidad, de las reservas de oro y billetes y de los tesoros acumulados en las joyerías locales.

Mientras las autoridades, atraídas por la catástrofe del astrocohete, ponían todos los medios a su alcance para intentar salvar a sus desdichados ocupantes, los hombres de Chad abandonaban la ciudad que, media hora más tarde, volvía a estar iluminada normalmente.

* * *

Callowan, que había pasado la noche examinando las listas de los objetos robados en Ramona City, recibió personalmente la información de lo ocurrido en Workill. La transmisión se hizo cuando ya estaba amaneciendo en Washington.

El jefe de la Spacial International Police estudió detalladamente el informe que acababa de recibir, frunciendo el ceño al saber que, al mismo tiempo, un astrocohete de las Líneas Intercontinentales había sufrido un accidente gravísimo en el que había perecido todos sus ocupantes: doscientos ochenta y tres.

Callowan utilizó el interfolio para llamar a Stanley, haciendo que éste abandonase el lecho. Cuando el joven se presentó ante su jefe todavía tenía los ojos cargados de sueño.

—Lee eso, Stan — le ordenó Donald, tendiéndole el informe.

Mientras el agente se enteraba del contenido del papel, Callowan examinaba un mapa de Inglaterra, sirviéndose de una regla transparente para trazar una línea imaginaria sobre él.

Stanley Lawlor exclamó asombrado:

—¡Han ido a Inglaterra!

—Sí, ya te dije, cuando volvíamos de Ramona City, que tendríamos que vigilar el mundo entero... cosa prácticamente imposible.

Y señalando el mapa dijo:

—Además, ahora han causado la muerte a más de dos centenares de personas. Mira esto.

El joven obedeció.

—Fíjate bien. El aparato salió de aquí, del astropuerto, pasando fatalmente sobre Workill. La acción de los medios empleados por la banda para suprimir la luz debió de actuar sobre los reactores, apagando las chispas de ignición y haciendo que el astrocohete se estrellase en este lugar.

—¡Es un asesinato!

—Muchos asesinatos, muchacho. Esto va a levantar un revuelo de cien mil diablos. ¡Y nosotros sin saber qué hacer!

—¿No hay manera de orientarse?

—No. Es decir, he pasado la noche repasando la lista de los objetos robados en Ramona City. Cometieron muchos errores.

Stan preguntó:

—¿Qué quiere decir?

—Que se llevaron cosas que no van a serles posible vender y que, con toda seguridad, destruirán u ocultarán.

—¿Entonces?

—Hay algo, sin embargo, que me ha llamado la atención.

—¿Qué?

—Un abrigo de visón valorado en sesenta mil créditos.

—Y eso ¿qué quiere decir?

—-Escucha y no me interrumpas más. De todo lo que he visto, este abrigo ha despertado en mí ciertas ideas... Porque, ¿quién si no una mujer se habría detenido a cogerlo?

—Desde luego.

—Esto quiere decir que hay una mujer entre ellos y que debe de ser joven, bonita y ambiciosa, lo bastante para dedicarse a coger un abrigo, un objeto que abulta mucho, cuando sus compañeros se dedicaban a cosas más prácticas.

—Pero no va usted a decirme que un abrigo puede encontrarse en el mundo.

Callowan sonrió.

—¡Claro que voy a decírtelo! El abrigo, fabricado por la casa Salwers, de Nueva York, con los que ya he hablado por teléfono, fue enviado a Ramona City, a una de las tiendas más elegantes de aquella ciudad. Era un modelo exclusivo, a franjas oscuras y claras, único en el mundo.

—Comprendo; pero, de todos modos, como usted ha dicho antes, se desharán de todos los objetos comprometedores.

—Así lo harán.

—¿Entonces...?

—Así lo harán con todo excepto con el abrigo. Porque todavía está por nacer la mujer que se deje arrebatar un objeto como ése.

—¡Si fuera cierto!

—Tenemos noventa y nueve probabilidades a favor y una en contra. Esa muchacha lucirá su abrigo de visón. Por otro lado, se me ha metido en la cabeza que la banda se aloja no lejos de la primera ciudad que eligieron...

—¿En qué se basa para creerlo así?

—En muchas cosas. Imagínate, por un momento, que deseamos dar un golpe semejante. Hay aparatos que trasladar, puesto que deben utilizarlos para suprimir la luz. Luego, hay que llevar lo robado. Por otra parte, los hombres están insuficientemente preparados, puesto que se trata del primer golpe... Todo eso hace que se elija un punto no muy lejano a la base de operaciones. ¿Entiendes ahora?

—Creo que tiene usted razón.

—Es posible que la tenga. Tanto como puedo equivocarme. Pero, por si acaso, vamos a dar una orden de localización de un abrigo de visón de las características del robado. Empezaremos por un radio de unos trescientos kilómetros alrededor de Ramona City. Pero, al mismo tiempo, también investigaremos en las grandes ciudades de Europa: Londres, París, Roma, Madrid, Berlín... Esperaremos aquí. Y cuando tengamos algún detalle, nos pondremos en marcha. Es nuestra única esperanza, muchacho.

—¡Ojalá no se equivoque usted, señor!

*   *   *

Cientos de órdenes salieron en aquellos días de la Central de la Spacial International Police.

Todas ellas iguales:

> *Interesa localizar abrigo visón, fabricado en Nueva York y con características de modelo exclusivo. Es de color gris oscuro y tiene franjas horizontales de un tono más claro. La mujer que lo lleve nos es completamente desconocida. En cuanto se la haya localizado, comuníquemelo por clave, limitándose a seguir a la propietaria de la citada prenda, sin iniciar, en modo alguno, acción policíaca contra ella.*
>
> *Firmado:*
>
> *D. Callowan.*

Las horas y los días empezaron a pasar.

Tampoco se produjo ningún asalto a ciudad alguna del mundo. Parecía como si la banda preparase otro golpe, quizás en el otro extremo del mundo o en alguno de los planetas habitados.

Stanley, en su habitación de la Central, esperaba ansiosamente, diciéndose mil veces al día que era imposible que aquella gente hubiera cometido el error de dejar que el abrigo se viese.

Aunque las sabias palabras de su jefe sonaban en sus oídos, balanceando el pro y el contra, de una manera insoportable.

"Una mujer se impone siempre, Stan... sobre todo cuando posee algo con lo que ha soñado toda su vida..."

Era todo lo que la SIP poseía: la idea de que una muchacha se impusiese, en contra de las medida» de seguridad de una banda peligrosa, llevando sobre sus hombros una prenda que podía perderles.

Y así, cuando Callowan le llamó, enarbolando la mejor de sus sonrisas y tendiendo hacia él un mensaje recientemente descifrado, Stanley sintió que por fin poseían algo sólido en aquel asunto que era, hasta entonces, el más tenebroso que habían conocido.

¡En toda la extensión de la palabra!

El telegrama decía así:

> *De Central parisina a Central SIP. Washington, Información transmitida por Policía, francesa nos hace saber que un agente ha localizado prenda requerida por instrucción 274397/B. El abrigo ha sido visto en "Le Canard gui roupille"* [1]*. Su poseedora burló la vigilancia escapando al agente que la seguía. Pero creemos sigue en París.*

Firmado:

L. Dumandier.

CAPÍTULO V



L descender del astrocohete intercontinental que le había llevado a Europa, Stanley, tan impaciente estaba, maldijo el no haber llegado más tarde, para poder empezar inmediatamente su trabajo.

Prensa, Radio y Televisión habían pedido a las autoridades una acción rápida para detener a los bandidos que atacaban, "con completa impunidad" — aquélla era la frase preferida en artículos y comunicados —, a las ciudades de Europa y América, sin que la policía pudiera hacer nada por evitarlo.

El agente se dirigió al hotel, donde deshizo sus maletas, sin dejar de pensar en las instrucciones que Callowan le había dado, precisándole, sobre todo la necesidad de no precipitar los acontecimientos hasta no haber descubierto lo necesario para poder desbaratar los planes de la banda y poder proceder a la detención de todos sus elementos.

«No olvides —le había dicho el jefe de la Spacial International Police — qué deben de trabajar en dos fracciones y que conseguir la detención de una de ellas no nos llevaría a parte alguna. Hay los que actúan cuando la oscuridad se hace y los que la provocan: Tan interesantes son los unos como los otros, aunque los causantes de las tinieblas, una vez inutilizados, echarían a rodar los

planes de los otros...”

Stanley había marchado de Washington con muchísimas esperanzas; pero ahora, en París, sus ilusiones habían cedido en su mayor parte, haciéndole ver la realidad de lo difícil que iba a ser la misión que Donald le había confiado.

Aquel resto de jornada pasó con una increíble lentitud. Y cuando llegó la noche, el agente sintió que era el momento de dejar la mente tranquila y pasar a la acción.

Abandonó el hotel en un taxi al que dio la dirección del local donde había sido visto el famoso abrigo de visón.

El chófer se volvió, asombrado.

—¿Cómo? ¿Al “Canard qui roupille” a esta hora?

—¿Por qué no?

—Porque apenas si habrán abierto y faltan más de dos horas para que aquello sé “caldee”.

—No importa. Esperaré allí dentro.

—Es la primera vez que va, ¿verdad?

Stan se sintió molesto por tantas preguntas; pero, dominándose, dijo:

—Sí, es la primera vez que voy. ¿Es que se necesitan estudios especiales para ir?

El parisino se encogió de hombro.

—¡No quería enfadarle, señor! Sólo deseaba orientarle un poco.

Lawlor sonrió.

—Perdone... siempre me vendrán bien algunos consejos.

—Eso está mejor. Mire, caballero... el local acaba de ser comprado por un americano y el ambiente ha cambiado un poco. Antes era distinto...

Stanley estaba positivamente interesado.

—¿Dice que lo ha comprado un americano?

—Sí. No olvide que actualmente es el local más elegante y caro de todo París. ¡Deben de ganar el dinero a paletadas allí dentro! Por eso me gusta a mí prevenir a los que van al “Canard qui roupille”. ¡Cuidado con las bebidas, señor! Sobre todo si lleva mucho dinero encima. A los americanos les gusta mucho seguir a los clientes borrachos y ricos para dejarles un poco más atontados y un poco menos ricos. ¿Me entiende?

—Perfectamente. Pero ¿cómo sabe usted esas cosas?

—¡Es el oficio, “Monsieur”! Muchas noches he esperado a algunos clientes no lejos del local. Y he visto lo suficiente para comprender que no es una broma salir del “Canard” más tarde de las dos de la madrugada.

—¿Conoce a esos americanos?

—De vista a un par de ellos. También hay un francés, uno que se las da de

guapo.

—¿Y alguna mujer?

—No he visto ninguna con ellos, aunque hay docenas dentro... ¡pero eso ya lo supone usted! — agregó riendo.

—Bien. Muchas gracias. ¿Vamos ya?

—Cuando quiera, señor.

Siguiendo la tónica del París moderno, “Le Canard qui roupille” estaba fuera del casco de la ciudad, más allá del Bois de Boulogne y un poco alejado de la autopista que terminaba en Courvebois.

Casi completamente aislado, el cabaret estaba formado por un edificio de dos plantas, de una longitud verdaderamente notable, con una terraza profusamente iluminada. Encima de todas aquellas luces, y completamente en colores, se veía un descomunal pato que bailaba sin cesar.

El taxi se detuvo a la entrada.

Había ya bastantes coches aparcados allí y Stan pudo ver que se trataba de lujosos y costosos vehículos, modelo antiguo, cosa que acababa de ponerse nuevamente de moda en Europa, tras abandonar las líneas de los reactores modernos.

El agente pagó al chófer, y le dio una generosa propina.

—¿Quiere que le espere, señor? — inquirió aquél.

—No; muchas gracias. No sé cuándo saldré.

—Como quiera. ¡Buena noche, señor!

—Gracias.

Stanley subió la elegante escalinata de la entrada y penetró en el “hall”. Dos empleados, vestidos con uniformes chillones, se inclinaron ante él y uno de ellos se llevó su abrigo y su sombrero.

El otro pregunte:

—¿Ha reservado mesa, señor?

El agente dijo:

—No. Es la primera vez que vengo.

Lawlor hablaba el francés sin acanto, además de otras lenguas, lo que hizo que no se le tomase por americano en ningún momento.

—Es igual. Le proporcionaremos una buena mesa. ¿Tiene la amabilidad de seguirme?

Al penetrar en el inmenso salón, Stan no pudo por menos de maravillarse ante el lujo asiático que se desprendía de todo lo que allí se encontraba. Verdaderamente, la instalación debía haber costado una fortuna.

El centro, ocupado por la pista, era ovalado. Y a su alrededor, en una serie de escalones amplísimos, las mesas formaban una especie de anfiteatro,

pudiéndose ver, desde cualquiera de ellas, el espectáculo que se representaba en la pista.

Arriba, y a todo lo largo de la sala, más allá de las mesas, los palcos medio ocultos servían de reservados, pudiendo aislarse completamente si así se deseaba.

Habían pensado en todo.

Una vez sentado a su mesa y mientras esperaba que el camarero le sirviese lo pedido, Stanley echó una ojeada rápida a la sala, comprobando que el chófer tenía razón al afirmar que el ambiente no se animaba hasta más tarde. El agente contó una docena de parejas que, seguramente, como él, era la primera vez que visitaban el "Pato Dormido"

Más tarde y cuando ya Stanley había bebido cuatro copas de un coñac sensacional, la animación se intensificó y la sala terminó por llenarse completamente. Fue entonces cuando Lawlor vio que había hombres y mujeres, más de los primeros que de "las segundas, que desaparecían por una puerta que había al lado del estrado de la orquesta.

Pensó informarse por uno de los camareros; pero, decidiéndose, dejó un billete de cien créditos debajo del platillo de una de las copas y cruzó el espacio que lo separaba de la puerta, y pasó al otro lado sin que nadie le dijese nada.

Se asombró al ver casi una exacta reproducción del salón que acababa de dejar, pero éste estaba repleto de mesas por todas partes.

Mesas de juego.

Había de todo: "pase inglés", ruleta, "treinta y cuarenta", póquer... Elegantes croupiers se movían, silenciosamente, por entre las masas, mientras otros atendían al juego.

Había allí tanta gente como en el otro lado.

Moviéndose de un sitio para otro, Stanley fue observando todo cuanto se le ofrecía, con la esperanza de ver entre las elegantes mujeres que allí había a la famosa poseedora del abrigo de visón.

Y fue entonces cuando se dijo que era el último de los imbéciles, ya que ninguna mujer iba a entrar allí con el abrigo.

¡Había estado perdiendo el tiempo lastimosamente!

Volvió a salir de la sala de juego, y comprobó que por una rara casualidad, su mesa le permitía ver la entrada del local. Pero al mismo tiempo se preguntó si la muchacha no estaba allí ya habiendo entrado sin que se diese cuenta.

"¡Qué idiota soy!"—se censuró—. "Llego antes que nadie, creyendo pasarme de listo y ahora resulta que puede estar aquí desde hace dos horas..."

Podía esperar a la salida; pero, ¿y si la muchacha salía entre otras muchas personas, mezclándose con ellas a la salida e impidiendo que pudiera verla desde su mesa?

Además, si tenía que atravesar la sala para seguirla, era más que seguro que jamás llegaría a tiempo para alcanzarla.

Furioso, encendió un cigarrillo mientras hacía trabajar activamente su cerebro.

Minutos más tarde, apareció una sonrisa en sus labios. Acababa de ocurrírsele una idea que, no siendo del todo perfecta, con un poco de suerte, podría dar los resultados apetecidos.

Abandonando su mesa se dirigió hacía el "hall", después de atravesar marginalmente la pista casi completamente llena de bailarinas. La orquesta atrojaba el espacio con un ritmo moderno y estridente.

Una vez en el vestíbulo, Stanley fue directamente al guardarropas, adoptando un paso inestable para hacer creer que empezaba a estar ebrio. La sonrisa estúpida que hizo aparecer en su boca le daba el aspecto de que el alcohol empezaba a hacer un serio efecto.

Había una encantadora rubia detrás del mostrador. Y al fondo, una infinidad de prendas entre las que, por desgracia, no se veía el famoso abrigo.

Sacando un billete de diez créditos, el agente de la SIP, moviéndose de un lado para otro, como un perfecto borrachín, consiguió, con risible esfuerzo, apoyarse en el mostrador.

Y mirando, sonriente, a la muchacha, dijo:

—Oye... preciosa... estoy en un apuro.

Ella también sonrió.

—¿Puedo servirle en algo, señor?

—Desde..., luego, encanto... He venido con una muchacha y ésta ha olvidado su tubo de labios en el... abrigo...

—¿No le ha dado el número, señor?

—¿El... número? ¡Pues no, muñeca...!

—Entonces será imposible... ¿cómo saber cuál es el abrigo de su amiga?

—Por eso no te preocupes, rubiales... precisamente soy yo quien ha pagado ese abrigo y... y me costó bastante caro... Es un visón único... a rayas.

La muchacha frunció el entrecejo.

—Señor... debe ser un modelo único. Yo no soy la empleada de aquí... Thelma, que así se llama, se puso enferma hace un rato y me mandaron a sustituirla...

Stanley sacó diez créditos más.

—¿Quieres echar una ojeada a los abrigos de visón, preciosa? ¡Seguro que encontrarás el de rol amiga...!

—Voy a ver, señor. ¿Dice usted que el tubo de labios está en uno de los bolsillos?

—Eso es.

La joven, después de guardarse los dos billetes que el agente habla dejado sobre el mostrador, desapareció en el interior del cuarto, entre abrigos, capas, chales...

Junto al mostrador, Stanley Lawlor intentaba contener el nerviosismo que se había apoderado de él. Todo dependía de su suerte en aquellos momentos. Porque si la joven no encontraba el abrigo, habría perdido totalmente la noche y quizás la ocasión de descubrir a la muchacha poseedora del visón, ya que la policía, parisina no había sabido seguirla cuando salió del local.

Los momentos que la joven tardó en volver le parecieron siglos; pero, al verla aparecer, con el famoso abrigo sobre el brazo, su corazón se puso a latir con una fuerza intensa.

—He mirado en los bolsillos y no he encontrado nada, señor. Si quiere usted comprobarlo...

—No, muchas gracias. Mi amiga no sabe dónde tiene la cabeza... ¿cómo quiere usted que sepa dónde ha dejado su tubo de rojo?

¡Lo importante se había logrado!

Allí estaba el abrigo, al alcance de su mano, lo que quería decir que su poseedora estaba en el cabaret. Ahora no tenía más que esperar, pacientemente, a que ella saliese.

—¿Puedo ponerlo de nuevo en su percha? — preguntó la muchacha.

—Desde luego... desde luego... y muchas gracias.

Iba a volverse; pero, en aquel momento una mano se posó un tanto brutalmente sobre su hombro, haciéndolo girar mucho más aprisa de lo que él mismo hubiese podido hacerlo.

El hombre frente al que ahora se encontraba era alto, fuerte, con una expresión bestial en su rostro y dos ojos que lanzaban llamas de ira, en aquel momento.

La joven se había quedado con la boca abierta, el abrigo aún sobre el brazo.

—¿Qué quería este tipo, pequeña? — preguntó el hombre.

—Dijo que su amiga había dejado el tubo de labios en su abrigo... en este abrigo, señor Rock.

—Bien. Vuelve a dejarlo en su sitio.

Y cuando la muchacha se hubo alejado, dijo:

—Ahora, amiguito, vas a explicarme cómo sabías que este abrigo estaba aquí.

—Ya lo he dicho; es el de mi amiga.

—¿Cómo se llama tu amiga? — inquirió él otro, con una expresión sombría en el rostro.

Stanley se dio cuenta de que había caído en una trampa y que nunca podría contestar a aquella pregunta.

Por eso, buscando una salida un tanto ilógica, le espetó:

—¿Y qué le importa a usted? ¿Desde cuándo tengo que decir su nombre?

—¿Te quieres pasar de listo, eh? Vas a venir conmigo a un sitio tranquilo, donde podremos charlar los dos un ratito... ¡Vamos!

El agente de la SIP se dio cuenta de que había llegado el momento de obrar. Todo antes que seguir a aquel tipo... al sitio "tranquilo" donde quería llevarle.

Ahora estaba seguro de que había tenido la suerte de tropezar con la banda y no estaba dispuesto a dejar que aquella ocasión se estropease nada más aparecer.

—¡Vamos! —insistió el otro, con tono claramente amenazador.

Hizo como si fuera a dar un paso hacia adelante, obedeciendo la orden que acababa de recibir. Su aspecto de borrachín había dado demasiada confianza al llamado Rock.

Y eso le perdió.

El brazo derecho del agente, que se había echado un poco hacia atrás, salió disparado, como una exhalación, golpeando en pleno plexo solar a su adversarlo, que se dobló en dos, como si desease inclinarse respetuosamente ante una realidad como aquélla.

Rock lanzó un rugido sordo, al interrumpirse el ritmo de su respiración, al tiempo que sus ojos se dilataban como platos.

Lawlor no perdió el tiempo.

Un salto y estuvo junto a la puerta, atravesando la salida a una velocidad, increíble, pasando ante los dos empleados uniformados que le miraron sorprendidos, pero sin ni siquiera intentar detenerle.

Una vez fuera, Stanley corrió cuanto pudo, dándose cuenta de que no había logrado mucho, ya que fuera de los vehículos aparcados, sólo se hallaba la carretera y, si ¡salían tras él, no conseguiría alejarse suelto,

Se decidió a correr entre los coches, tanteando las pórteselas, con muy pocas esperanzas de encontrar uno abierto.

Sin embargo; lo encontró.

Fue una verdadera casualidad, pero al pasar junto a uno de los vehículos, un hermoso y enorme Cadillac de color verde manzana, al atrapar el abridor de una de las puertas, la derecha anterior, ésta cedió, como invitándole a entrar.

Stan no lo pensó dos veces.

Una vez en el interior, pasó el seguro, saltó a la parte posterior y echándose al suelo, cubriéndose con una piel que había sobre el asiento de atrás y cuya

presencia le pareció más que providencial en aquellos momentos.

No tardó mucho en oír los pasos de varios hombres que sin duda alguna, le estaban buscando. Oyó después el ruido de los pomos metálicos, comprendiendo que sus perseguidores estaban comprobando si se había escondido en uno de los coches.

Se felicitó por haber echado el seguro. Y así, cuando las puertas del Cadillac se movieron, al ser inútilmente tiradas desde fuera, Stan, con la pistola en la mano, esperó. Los de fuera, tras comprobar que el coche estaba cerrado, continuaron su vana búsqueda.

El agente se dijo que lo mejor era, por el momento, no moverse de allí. Quizá más tarde, cuando estuviese seguro de que los tipos de la banda se habían cansado de buscarle, podría atreverse a salir para esperar fuera la aparición de la misteriosa poseedora del abrigo.

Ahora comprendía todo lo que Callowan había confiado en aquel detalle del abrigo. No le cabía la menor duda de que la banda había cometido un error tremendo y que aquella prenda iba a constituir el hilo que conduciría a desenredar la madeja.

Sin atreverse a hacer el menor movimiento, pero siempre con la “Special" en la mano, esperó pacientemente, diciéndose que una media hora sería suficiente para decidirse a salir.

Pero cuando de repente oyó unos pasos nerviosos que se acercaban al coche, se dijo que todos sus proyectos se iban a ir a tierra, ya que no podía descubrirse sin llamar la atención de la banda, echándolo todo a rociar,

La dueña del vehículo era una mujer.

Momentos después, el Cadillac arrancaba, un tanto brutalmente, lanzándose, a una velocidad tremenda; por la autopista que conducía a Paris.

CAPÍTULO VI


OS dos uniformados porteros corrieron en auxilio de James Rock, que no tardó mucho en recuperarse.

Su cara expresaba dolor y cólera a la vez.

—¡Maldito! — rugió —. ¡Salgan a buscarle! ¡Rápido!

Les siguió, echando una ojeada a los vehículos aparcados a la derecha.

—¡Miremos si se ha metido en uno de los coches!

Los recorrieron, uno a uno, tirando de las puertas, hasta que se convencieron de que todas ellas estaban cerradas con llave.

Rock se había recuperado del todo y volvió al edificio, dejando a los porteros en su sitio habitual.

—Si vuelve, cójanmelo, sea como sea.

—Bien, señor Rock.

James tomó una escalera lateral, subiendo a la primera planta. Allí había un vestíbulo, ricamente amueblado, seguido de un pasillo, al fondo del cual había una puerta.

Rock tamborileó sobre ella.

—¡Adelante! —gritó una voz desde el interior.

Entró en la estancia; era un enorme despacho tras cuya mesa se hallaba Charlie.

—¿Qué ocurre? — inquirió éste, extrañado por la expresión preocupada del rostro del recién llegado.

—¡Lo que me estaba temiendo, Chad!

—¿Y qué es lo que temías, si se puede saber?

—¡Esa estúpida muchacha!

—¿Quieres ir al grano de una vez?

—Sí, Chad. Había un tipo, en el guardarropas, preguntando por un abrigo de visón. Y la chica que ha sustituido a Thelma, pues ésta se puso enferma a primera hora y dije que pusieran otra en su puesto.

—Veamos, veamos... me estás haciendo un lío. Dices que había un tipo preguntando por el abrigo de Doris.

—Eso es. Decía que era de su amiga; pero no supo decirme su nombre

cuando se lo pregunté.

—Lo que quiera decir que era un polizonte.

—¡Desde luego! ¿Recuerdas que dije que cometíamos una locura permitiendo a Doris quedarse con el abrigo? Deben de haberse dado cuenta de que lo cogió en Ramona City... ¡Y han estado buscándolo por todas partes!

Chad se mordió los labios.

—¡Estoy empezando a cansarme de los caprichos de esa niña!

—¡Creo que es hora, Chad! El mejor día esa idiota va a meternos en un lio del que no podremos salir. ¡Como es la hermanita del jefe!

—¡Eso no tiene nada que ver! El jefe es muy distinto... pero su hermanita tendrá que portarse bien si no quiere que las cosas se agríen... ¡Llámala!

—Ahora mismo.

—Y di a los otros que se preparen. Daremos el golpe esta misma noche.

—¿Tan pronto?

—¿Qué quieres que hagamos? Ese poli se ha escapado y no tardaremos en estar rodeados por todas partes. ¿Crees que van a dejar escapar la ocasión que han encontrado?

—Tienes razón.

—Avisa a los demás. Que estén preparados. Les inyectaré dentro de unos minutos. Luego llamaré a los del equipo.

—De acuerdo. ¿Hago venir a Doris?

—Sí.

James salió al salón que atravesó para penetrar, por último, en la sala de juego.

Jean y Samuel se acercaron a él, al verle entrar.

—Estad preparados... es para hoy.

—Pero... —intentó decir Jean.

—¡Cierra el pico, estúpido! Dentro de quince minutos en el despacho de Chad, sin falta... ¿Entendido?

—Sí.

—¿Dónde está Doris?

—En la mesa de ruleta, como siempre.

—Bien.

James se dirigió hacia el sitio indicado. Al acercarse, vio las espaldas desnudas de la muchacha y sintió, una vez más, la llama del deseo que le corría las venas.

“Algún día...” se repitió, mordisqueándose los labios.

Al llegar junto a la joven, tocó suavemente su hombro, sintiendo como una

descarga eléctrica en el cuerpo.

Ella se volvió con el ceño fruncido.

—¿Qué hay? — inquirió.

—Chad te llama.

—Ya iré luego.

—Es urgente. Quiere verte inmediatamente.

Ella se encogió de hombros, poniéndose en pie y recogiendo el dinero que tenía ante ella.

—Hoy he tenido mala suerte...—comentó, como si hablase con ella misma. Después, echando a andar al lado del hombre dijo—: Te advierto, cerdo, que la próxima vez que me toques con tus asquerosas manos, te clavaré una bala en el vientre. ¿Entendido?

Los ojos de Rock lanzaron chispas.

—Algún día tendrás esa ocasión, preciosa. ¿No hemos quedado en eso?

—Tú, por si acaso, no vuelvas a ponerme la mano encima.

Atravesaron el salón y Rock la dejó ante la puerta del despacho.

Doris cerró tras ella.

Luego, mirando a Charlie, preguntó:

—¿Me llamabas?

—Sí. Ha venido un policía preguntando por tu abrigo de visón. ¿Qué te parece?

—Que es una mentira.

—Está bien. Ahora no tengo tiempo de discutir ese asunto. Te he llamado para decirte que te largues inmediatamente, ahora mismo, al hotel. Allí esperarás instrucciones.

Ella sonrió.

—¿No crees que se te está subiendo el mando a la cabeza, Chad? ¿O es que has olvidado quién soy?

El otro cerró los puños.

—¿Olvidarlo? — inquirió, silbándole las palabras entre los dientes—. ¿Olvidar que eres una imbécil, una presumida, una niña sin cabeza? ¿Cómo voy a olvidarlo?

Ella abrió rápidamente su bolso, pero Charlie se le adelantó y no tuvo más que sacar la mano derecha... apretando una pistola.

—¡Quita la mano del bolso, estúpida! Yo no soy uno de esos tres idiotas que te tienen miedo. ¿Has olvidado que Charlie salió de la tumba y que las ha visto de todos los colores?

—Eso va a costarte muy caro, Chad. Porque cuando hable con mi hermano verás a quién da la razón.

—¡Déjame tranquilo con tus monsergas y lárgate! Es decir — añadió, poniéndose en pie y acercándose a ella—; dame eso... estos juguetes no se han hecho para locas corno tú.

Le arrancó el bolso, sacó la pistola que ella llevaba en él y se la guardó en el bolsillo de la americana.

Luego le devolvió el bolso.

—Toma el coche y vete, Doris. Y un consejo: cuando llegues a casa, coge el abrigo y quémalo. Si no, lo haré yo.

—¿Quemar mi abrigo? ¡Debes de haber perdido la cabeza!

—Eso ya lo veremos. Y ahora vete. Vamos a dar el golpe esta noche. Ya estamos de más aquí.

Ella abrió los ojos,

—¿Cómo? —se asombró —. ¿Vais a dar el golpe esta noche?

—Sí.

—¡No puedes hacer que me marche! Ya sabes que deseo el collar de esa inglesa que se pasa las noches ante la mesa de bacará.

—No pienso dejar que cojas nada más. No volverás a trabajar con nosotros. Estoy harto de los disgustos que nos proporcionas.

—¡Tienes que dejarme esta noche, Chad!

—¡No! Y te advierto que, si no te vas por las buenas, lo harás por la fuerza.

Ella estaba frenética.

—¡Me las pagarás, Chad!

—¡Déjate de idioteces y vete! ¡Vete, te he dicho!

—Está bien.

Salió del despacho, dando un colosal portazo.

Fuera, Rock la esperaba, sonriente y burlón.

—¿Te vas, preciosa?

Ella logró sonreír, gracias a un esfuerzo sobrehumano, Y con voz melosa contestó:

—Sí. Chad me ha convencido. Debo irme... y me he dado cuenta de que he cometido un error con lo del abrigo.

—¡Menos mal que te das cuenta de algo!

—Tienes razón, James: he sido una estúpida.

Habían empezado a bajar la escalera y ella, sin mirarle, habló:

—Voy a decirle una cosa a Jean. Luego me acompañarás hasta la salida.

—No irás a pedirle un beso, ¿verdad?

Doris rio.

—¡Hoy estaría dispuesta a daros uno a cada uno!

—¡No juegues con nosotros, Doris!

—¡Pero si lo digo en serio!

Habían llegado al salón y dejaron de hablar mientras se dirigían hacia la sala de juego. Allí, Doris llamó a Jean, llevándoselo, del brazo, aparte.

—¿Qué quieres? — preguntó el franco-canadiense, palideciendo.

—Voy a prometerte una cosa, Jean... y ahora va en serio. ¿Quieres ser mi novio?

El hombre tembló de pies a cabeza, como si un escalofrío le recorriese súbitamente el cuerpo.

—Puedes creerme...—insistió ella, mirándole a los ojos—. Consígueme esta noche el collar de aquella inglesa que tú sabes y podrás pedirme lo que quieras.

La expresión del rostro de Jean le hizo casi reír; pero, conteniéndose, preguntó:

—¿Lo harás por mí, Jean?

—Sí. Puedes contar con ello, Doris. Pero ¿no me engañarás, verdad?

—Ya sabes que no. Te espero en mi hotel.

—Bien.

Se alejó del joven y fue con Rock hacia la salida.

Cuando llegaban al vestíbulo, James le dijo:

—¡No tienes corazón, Doris!

—¿Por

—Vas a causar la pérdida de ese muchacho. ¿No te das cuenta de que Lumoux es un hombre débil y que está loco por ti?

Ella le miró a los ojos.

—¿Y tú no lo estás, James?

—¡Calla, harpía!

Mementos después la contemplaba, desde la escalinata, ir hacia su hermoso Cadillac verde manzana, que se alejó rápidamente hacia el centro de la ciudad.

James penetró de nuevo en el establecimiento.

* * *

Stanley no se atrevía a moverse.

Notó perfectamente la increíble velocidad del coche y los patinazos al tomar bruscamente las curvas. Luego, seguramente ya en el interior de la ciudad, el coche disminuyó su velocidad, terminando por detenerse. Pero no

lo hizo del todo, ya que se oyó el deslizar de las puertas de un garaje, accionadas seguramente por una célula fotoeléctrica.

Luego el vehículo avanzó un poco más, definitivamente ahora.

La puerta se abrió.

Incorporándose entonces, el agente de la SIP acertó a ver a la muchacha en el momento que ésta saltaba del coche.

¡Y llevaba sobre los hombros el abrigo de visón rayado!

Lawlor no podía creer que la suerte le hubiese acompañado de tal manera. Su corazón latió de alegría. Y cuando ella salió del garaje por una puerta lateral, el joven salió del coche y esperó un poco antes de tomar el mismo camino.

El garaje estaba en la parte inferior de una casa de dos pisos. Una vez fuera de él, Stan se encontró ante una escalera débilmente iluminada, por la que se aventuró, despacio y con cuidado, hasta llegar a su término, ante una puerta que abrió sin ruido, con extrema facilidad.

Desembocó en una cocina ultramoderna, cuya luz también había dejado encendida la muchacha. Atravesándola, pasó a un salón, igualmente lleno de luz. Entonces oyó los pasos de la joven en la planta superior.

El abrigo yacía sobre uno de los sillones funcionales y él se acercó, pasando la mano por la suave y delicada superficie de la piel.

—¡Gracias, abriguito! —musitó, con una sonrisa en los labios—. De no ser por ti, no hubiese logrado nada.

Echó una ojeada a la sala, así como a la escalera que conducía al piso superior. Estaba seguro de que fuera de la muchacha y él no habría nadie más allí, y decidiéndose se sentó sobre un sillón y encendió un cigarrillo, para esperar que ella bajase.

La oía moverse por el piso superior, yendo de un lado para otro. Apenas si la había visto, cuando se incorporó en el coche y no podía decir gran cosa de ella; pero, en aquel momento, lo que le importaba era saberse junto a uno de la banda, seguro de que sabría sonsacar la verdad de los labios de la joven.

Oyó pasos en lo alto de la escalera.

Había escogido exprofeso un sillón que permanecía fuera del campo de visión de quien bajase por la escalera, no pudiendo descubrir más que al estar abajo.

Esperó.

Los pasos de ella sonaron cada vez más cerca. Y desde el lugar que ocupaba, él vio la mano de la muchacha rozar la barandilla al tiempo que descendía.

Cuando estuvo al pie de la escalera, saludó él, sin moverse.

—Buenas noches.

Doris se sobresaltó, pero se sobrepuso en seguida, volviendo la cabeza hacia el sillón en que estaba el agente.

Frunció el ceño y una sonrisa entreabrió sus pintados labios.

—¡Vaya sorpresa!—exclamó, con el tono más natural del mundo.

Ahora estaba ante él. Y Stanley pudo ver aquella silueta, cuyas formas agresivas paliaban apenas los dobleces de la bata semitransparente que llevaba.

La hermosura de la joven no dejó de impresionarle. En realidad, tuvo que confesarse, que jamás había visto nada igual.

Ella le miró, sin dejar de sonreír.

Luego, preguntó:

—¿Un trago?

Y como él hiciese un gesto afirmativo:

—¿Whisky? ¿Coñac? ¿Ginebra? ¿Jerez?

—Lo primero.

Había hablado en francés; pero ella, sin abandonar la sonrisa:

—Americano, ¿verdad? — inquirió en inglés.

—Sí.

—¿Policía?

—Sí.

—Muy franco — repuso la muchacha— Voy a servirnos.

Se dirigió balanceándose hacia el bar que ocupaba uno de los rincones del amplio salón. Estuvo allí, de espaldas, mostrando la finura racial de su silueta.

Stan tragó saliva con dificultad.

¡Domínate, imbécil!—se dijo con amargura—. No has venido aquí a divertirte, sino a aclarar muchas cosas. Esta mujer es una serpiente cobra y has de tener mucho cuidado...

Ella se acercó, con dos altos vasos en las manos.

—¡A la suya! —esclamó, después de tender el suyo al joven.

Bebió el contenido de su vaso de un solo trago; luego, sentándose en el suelo, sobre la alfombra, dejó sobre ésta el recipiente de cristal.

—¿Me da un cigarrillo? — inquirió.

Lawlor obedeció, encendiéndolo antes que el suyo.

—¿Es usted el que se interesó por mi abrigo?

—Sí.

—Es usted el primer policía que va directamente al grano. Y eso me gusta, se lo aseguro.

—Me alegro mucho. Porque vamos a perder muy poco tiempo. ¿Quiénes

son los otros?

—¿Los otros?

—Sí, el resto de la banda. Quiero los nombres de todos, pero especialmente el del jefe y los de los técnicos.

—Muy complicado todo eso. La verdad es que no sé de qué me habla. Estaba en “El Canard qui Roupille” y me dijeron que un policía preguntaba por mí. Salí y al verle me fui...

—¿Huyendo?

—Sí. ¿Por qué mentir? Este abrigo lo compré demasiado barato para creer que su origen era legal.

—Lo robaron en Ramona City, en México.

Doris dijo:

—¿Ah, sí? Debí imaginármelo.

Stanley se mordió los labios.

—¡Basta!—estalló, de repente, ensombreciendo la expresión de su rostro —. ¡No demos más vueltas en balde! Yo sé que perteneces a la banda que robó en Ramona City y la que robó en Workill! Y te advierto, muñeca, que de aquí vas a ir directamente a un sitio en el que tendrás que hablar sin parar... hasta que nos expliques todo lo que deseamos saber.

—¡Ojalá pudiera hacerlo! —exclamó ella, poniéndose en píe.

—¡Cuidado, preciosa! Te advierto que tus encantos no hacen mella en mí. Es mejor que sigas sentada.

—No puedo.

Hubo un silencio; luego ella preguntó:

—¿Dónde va a llevarme?

—Eso no importa ahora. Puedes ahorrarte molestias si me lo cuentas todo.

—No, prefiero hacerlo fuera de aquí.

—Como quieras.

—Voy a subir a vestirme.

—¡Un momento!

—¿Eh?

—No me tomes por un idiota, aunque lo parezca. Subiré contigo.

Ella le sonrió.

—¿Podrá resistirlo, policía?

Mordiéndose los labios, Stanley hizo un vago signo de asentimiento.

—Creo que sí—dijo.

—¡Así me gustan los hombres! Decididos y valientes.

Se dirigió hacia la escalera, seguida por el agente de la SIP. Y empezaron a

subir hasta que ella, sabiendo que él estaba detrás, giró, chocando casi con Lawlor.

—¿Seguro que no podríamos arreglar esto, policía?

—No.

—¡Eso no puede ser cierto, policía!

Y acercó su rostro al del joven, inclinando el cuerpo hacía adelante.

Lawlor intentó echarse hacia atrás; pero, temiendo perder el equilibrio, tuvo que agarrarse a la barandilla, no pudiendo por eso evitar que los labios de la muchacha se posaran sobre los suyos.

Una oleada de calor le invadió, como si su sangre se hubiera puesto a hervir súbitamente.

Pero no tuvo tiempo de recuperarse.

Echándose hacia atrás, Doris lanzó una carcajada, al tiempo que mostraba a Stan la pistola que acababa de quitarle.

—¡Imbécil! ¡Ahora sabrás lo que cuesta un beso mío!

Y oprimió el gatillo.

La explosión estalló brutalmente ante el agente, que se vio cegado por la llamarada que salía del cañón. Después, empujado por una fuerza incontenible, cayó hacia atrás, rodando por las escaleras hasta quedar inmóvil sobre la alfombra del salón.

CAPÍTULO VII


ON la pistola en la mano, de cuyo cañón salía aún un hililllo de humo, Doris contempló el cuerpo. De Stan, que parecía ahora un muñeco grotescamente desarticulado, desde lo alto de la escalera.

¡Había matado a un policía!

Sola, sin tener a nadie ante ella que pudiera ser un testigo de su audacia, la muchacha vio las cosas con una cruda realidad, estremeciéndose de temor al pensar que podían sorprenderla allí.

Porque no había olvidado las palabras de su hermano cuando aconsejó a los hombres que, incluso descubiertos, jamás debían hacer fuego contra un agente del orden.

¡Y su hermano tenía motivos para saber las funestas consecuencias de un hecho como aquél!

Apoyándose en la barandilla llegó junto al cuerpo de Stanley, fijándose con espanto en el agujero que la bala había abierto en el lado izquierdo del pecho y de donde salía sangre con cierta abundancia.

Una crisis de nervios se apoderó de ella y lanzando la pistola lejos, corrió hacia arriba, vistiéndose a toda velocidad. Mientras lo hacía, la serenidad volvió a ella, diciéndose que Chad podría arreglarlo todo antes de que la banda marchase de Francia.

Sí, lo haría. Porque Chad se daría cuenta de lo peligroso que sería dejar detrás algo como aquello.

Se puso un impermeable, dispuesta ya y convencida a abandonar el fatídico abrigo de visón que, después de todo, había sido el culpable directo de la situación en que se encontraba.

Vestida, se lanzó escaleras abajo, y sin casi mirar el cuerpo del policía tomó el camino del garaje, subiendo al coche y sacándolo de allí para lanzarse, a toda velocidad, hacia la carretera que conducía al "Canard qui roupille".

¿Cómo podía haber disparado con tanta frialdad?

Nunca lo había hecho, puesto que aquella personalidad suya no era más que una especie de máscara que ocultaba su propia debilidad. Se había servido

de aquel disfraz psicológico para mantener a distancia a los hombres con los que su hermano le había obligado a convivir desde hacía tanto tiempo.

Porque ahora, mientras conducía a toda velocidad su coche hacia el oeste de la ciudad, se decía que su hermano era, en el fondo, el culpable de aquella horrible vida que se había visto obligada a llevar.

Se había quedado sola, completamente sola — como momentos antes lo estaba su víctima—, pero rodeada de fieras, de hombres que la devoraban con los ojos, come si no esperasen más que una pequeña vacilación para lanzarse sobre ella.

Por eso se había visto obligada a luchar con las mismas armas que ellos: la brutalidad y la violencia, el sarcasmo y la burla...

¿Acaso su hermano no utilizaba un disfraz como el que ella se había colocado por necesidad?

Apretó el acelerador.

Cuando se acercaba a la fuente luminosa del cabaret, la luz de éste se apagó de golpe, al tiempo que el vehículo se detenía, ya que su motor había dejado de funcionar.

¡Habían empezado ya!

Abandonó el coche y avanzó, deseando que los efectos de la anterior inyección le sirviese. Al principio hubo de luchar contra la oscuridad que le rodeaba; pero después, paulatinamente, los objetos empezaron a aparecer ante ella con aquella nitidez a que estaba acostumbrada.

Al acercarse al "Pato dormido" oyó los gritos que desde el interior lanzaban los enloquecidos clientes. Y cuando penetró en el salón pudo asistir, gracias a su vista, al espectáculo curioso de ver hombres y mujeres que se mantenían juntos, casi abrazados, intentando vanamente perforar la negrura que los envolvía.

No perdió el tiempo.

Atravesando la sala por la pista de baile, que se había quedado vacía, penetró en el salón de juego, viendo que los otros habían empezado ya su trabajo.

Se hizo a un lado, recordando que deseaba el collar de la inglesa. Y así avanzó hacia la mesa donde jugaba la señora, viéndola sentada, con expresión de susto en el rostro, como todos los demás jugadores e incluso el "croupier" que cubría el dinero con sus manos, esperando, el infeliz, que la luz volviese.

Un tirón y el collar estuvo en el hueco de sus manos.

Fue entonces cuando la voz de Rock sonó a su lado.

—¿Quién te ha mandado volver?

—¡Déjame!

Corrió, echándose, sin darse cuenta, en los fuertes brazos de Chad.

El ex presidiario, que llevaba una mochila sobre el “smoking”, ya completamente llena, la cogió de un brazo y la arrastró fuera del local.

—¿Te has vuelto loca?—le dijo cuando estuvieron sobre la escalinata.

—¡Escucha, Chad! Tengo que decirte algo muy grave...

Chad exclamó:

—¡Déjate de cuentos, preciosa! Ya te conozco y no estoy dispuesto a que me sigas engañando.

—¡Ahora es verdad, Chad! ¡Te lo juro! El policía se había escondido en mi coche y lo llevé a casa sin saberlo.

—¡Bonita historia!

—¡Es cierto! Lo he... matado.

—¿Sí? ¿Es que no recuerdas que te quité la pistola en el despacho? Tienes mala memoria para ser embustera, Doris.

—¡Le quité la pistola, estúpido, mientras le besaba! Su cuerpo está en mi casa... No tienes más que venir conmigo para verlo.

Se dio cuenta de que él había terminado por creerla.

—¡Eso sí que es divertido! ¡Matar un policía cuando tu hermano nos aconsejó que no lo luciésemos! ¿No te das cuenta de lo que has hecho?

—Yo...

—Hasta ahora hemos trabajado con cuidado, estúpida. De no haber sido por el accidente de aquella astronave, nada nos podrían hacer. E incluso un buen abogado puede demostrar que no obramos con maldad y que el accidente fue una fatalidad. Nos hemos limitado a dar unos cuantos golpes... eso es todo. ¡Y ahora, tú empiezas por eliminar policías!

Había angustia en la voz de la muchacha cuando preguntó:

—¿Y qué podernos hacer, Chad?

Él la miró y ella experimentó, como tantas otras veces, la suciedad de la mirada de ciertos hombres.

Se estremeció, pero no dijo nada.

—Puede arreglarse— dijo él.

—¿De veras? —dijo ella con esperanza.

—Sí, pero con una condición.

Doris preguntó:

—¿Cuál?

Era tan inútil la pregunta corno la respuesta y ella se sintió desfallecer.

Por unos instantes pensó en huir, en escapar de aquella situación insostenible, de volver a ser de nuevo, como si pudiera nacer otra vez más.... ¡Cuánto le hubiera gustado ser como las otras mujeres y escapar de aquel ambiente oprimente y sucio!

—Estoy esperando tu contestación — insistió él con voz sorda.

Y ella, bajando la cabeza, repuso:

—De acuerdo.

Charlie mostró sus dientes.

—¡Eso me gusta más, pequeña! No te preocupes, Doris, yo lo arreglaré todo.

Se deshizo de la bolsa, entregándosela a la muchacha. Luego se quitó los guantes de goma.

—¿Dónde has dejado el coche?

—Se detuvo ahí abajo, cuando se apagó la luz.

—Le empujaré un poco, hasta sacarlo del área de inmovilización. Tú quédate aquí y espera a los otros. Os vais. Yo ya sé dónde nos encontraremos.

—Bien. Muchas gracias, Chad.

—Ya me las darás en momento oportuno — rio él—. ¡Hasta luego!

Ella vio cómo se alejaba.

Se oía ya un rumor en el espacio, lo que significaba que el helicargo se estaba acercando para recogerlos. En efecto, momentos después el aparato se posaba junto a la escalinata.

Casi al mismo tiempo, tremendamente cargados, los hombres de la banda, dirigidos por Samuel y Rock, aparecieron en la puerta. Por último surgió Jean, que al ver a la muchacha corrió hacia ella.

—¡Doris! ¡han cogido el collar!

—He sido yo.

SI hizo ver la expresión desconsolada de su rostro.

—Entonces...

—Dejemos eso ahora, Jean. Luego hablaremos.

La voz de Rock se dejó oír:

—¡Todo el mundo al helicargo! ¡Rápidos!

Obedecieron, cargando con todo lo que llevaban.

Momentos más tarde, el aparato se elevaba hacia el cielo, alejándose de allí a gran velocidad.

Diez minutos más tarde la luz volvía al “Canard”.

Como si no hubiese ocurrido nada.

* * *

Al abrir los ojos, el dolor en el pecho fue lo primero que le ayudó a entrar en contacto con la realidad.

Sobreponiéndose a aquella sensación, Stanley se puso de pie, haciendo un

esfuerzo considerable mientras intentaba explicarse lo ocurrido. Tuvo, no obstante, que permanecer un par de minutos apoyado a la barandilla de la escalera, respirando con cierta dificultad, hasta que se llevó una mano al pecho, retirándola mojada de sangre.

Luego vio la pistola en el suelo, junto al sillón sobre el que seguía estando el abrigo de visón.

Las ideas se ordenaron en su mente, dejando de bailar de un lado para otro.

Y lo comprendió todo.

Una vez más había tenido la suerte de su lado, ya que Doris había hecho fuego con la "Lüger Special" del Servicio, cuyo dispositivo estaba montado siempre para disparar balas anestésicas, capaces de hacer dormir dos horas al que las recibía, no causándole más que heridas leves, se disparase en el lugar que fuese.

Y si él, como ahora estaba seguro, no había estado desvanecido más de diez minutos, era, sencillamente, porque todos los agentes de la SIP estaban inmunizados contra la sustancia contenida en las balas anestésicas.

Recogió la pistola y se estremeció al pensar que la muchacha podía haber tenido una pistola con balas corrientes.

¡No lo contaría en aquellos momentos!

Ya completamente repuesto, recorrió la casa, comprobando que la muchacha se había ido. En el piso de arriba encontró ropa y joyas en cantidad grande y que explicaban, muchas de ellas, su origen en los robos de la banda.

¡Lástima que la chica se hubiera escapado!

Había obrado como un estúpido.

Pero la verdad era que el beso de ella le sorprendió. Y aun ahora, pasando los dedos por los labios, parecía como si los de ella estuviesen allí, frescos y carnosos y olorosos como frutos maduros cogidos cuando el rocío les ha empapado.

Aquella muchacha era sencidamente sensacional.

Bajó a la planta baja, deteniéndose ante el famoso abrigo que, desdichadamente, ya no iba a servir para nada, presto que su dueña, comprendiendo el peligro cíe seguir, llevándolo, lo había abandonado definitivamente.

Un rumor le hizo ponerse en guardia.

¡Un coche estaba entrando en el garaje!

Rápidamente buscó un sitio donde ocultarse. Eligió unas espesas cortinas que cubrían el balcón principal. Se escondió allí, con la pistola fuertemente apretada en la mano, mirando por entre las cortinas el salón profusamente iluminado.

Unos pasos fuertes, que penetraban por la cocina, le demostraron que no se

trataba de la muchacha.

En efecto, momentos más tarde un hombre alto, fuerte, vestido de "smoking", pero con un sombrero echado sobre los ojos, penetraba en la habitación empuñando una pistola.

Se quedó allí, mirándolo todo con detalle, dispuesto a hacer fuego a la menor alarma. Luego acercándose al sillón del abrigo, acarició la piel y dejó oír una risita cortante:

Subió después al piso superior y Stan le oyó ir y venir, hasta que por último bajó, alejándose de las cortinas para terminar saliendo hacia la cocina.

El agente de la SIP no lo dudó dos veces.

No estaba dispuesto ahora a dejar escapar la única pista que le quedaba. Y moviéndose con rapidez atravesó el salón y la cocina, llegando al garaje en el momento en que el Cadillac verde manzana salía de él, despacio.

Jugándose el todo por el todo, se colgó del parachoques, afortunadamente lo suficientemente amplio para sostenerle, aunque en equilibrio inestable.

El vehículo salió disparado.

Stan tuvo que agarrarse con todas sus fuerzas, luchando desesperadamente para no caer, sobre todo cuando aquel loco tomaba las curvas, haciéndolo a una velocidad imposible.

¿Cuánto tiempo duró aquella imposible carrera?

Al detenerse el vehículo, después de atravesar una verja, Stan tenía el cuerpo cubierto de sudor y los músculos agarrotados. Sin embargo, saltó de su incómodo sitio, alejándose un poco y no extrañándose al ver que el coche estuviese ante la entrada principal del astródromo de Orly.

El hombre bajó del coche y el agente lo siguió, haciendo lo imposible por no despertar sus sospechas, ya que el del "smoking", que ahora se había quitado el sombrero, miró hacia atrás, antes de penetrar en el vestíbulo de las oficinas.

Stan entró a su vez y fue hacia el despacho del director, donde penetró como una tromba.

El hombre que estaba sentado tras la mesa era bajito, con la cabeza casi completamente calvo y una nariz enorme, que hacía pensar en una berenjena.

—¿Eh? — se extrañó.

—Soy agente de la SIP, señor. Puede comprobarlo en la "Suréte Nationale". Me llamo Stanley Lawlor.

—¿Y qué desea?

—Quiero que me diga dónde va un tipo que acaba de entrar en las oficinas. Al mismo tiempo, y mientras lo averigua, voy a llamar a la Sección de la SIP en París.

—Ahí tiene el teléfono ¿Quiere decirme quién le interesa?

Había abierto una ventana desde la que se veía la sala y el agente le señaló al hombre que, en aquel momento, se había detenido ante una de las ventanillas.

—No se preocupe —dijo el director del astródomo—. Yo me ocuparé de él.

Y descolgó otro de los aparatos.

Mientras, Stanley llamó al departamento parisino de la SIP y entabló comunicación con uno de los agentes de guardia.

—Soy Lawlor.

—¿Contraseña, por favor?

—"Dormid 633363".

—Perfectamente. ¿Qué hay que hacer, señor?

—Ir a la casa número 247 de la rue Belleville. Necesito que se haga una toma de todas las huellas dactilares recientes que haya allí..., entre las que encontrarán las mías.

—¿Nada más?

—Vigilar la casa por si vuelven a ella y detener a los que lo intenten. Encontrarán allí el abrigo de visón que buscábamos.

—Bien. ¿Algo más?

—Sí. Llamen a la central y digan a Callowan que me comunicaré con él dentro de poco, aunque no sé desde dónde.

—Entendido. Adiós.

—Adiós.

Stan Colgó. Y el director, que estaba esperando, anunció:

—Ha cogido un billete para Roma.

—¿Cuándo sale el estratocohete?

—Dentro de quince minutos el primero.

—¿Va en ése?

—Sí.

—Proporcióneme un billete alejado del asiento de ese hombre.

—Ahora mismo.

El director examinó su camisa manchada de sangre y preguntó:

—¿Está usted herido?

—No es nada, paro ahora que lo recuerda usted, ¿dónde podría cambiarme de ropa?

—Hay una sastrería en el extremo..., Justamente ese individuo está allí ahora comprando ropa. Parece ser que iba en smoking.

—Sí.

—¿Quiere que llame a uno de los empleados para que le traiga la ropa aquí?

—Se lo agradeceré mucho.

—Llamaré también a la enfermera del astropuerto para que le cure.

—Gracias. Pero no podemos perder tiempo.

—No se preocupe. Si es necesario, retrasaremos unos minutos la salida del astrocohete. Ya sabe que estamos a su disposición y que es un honor poder hacer algo por la Spacial International Police.

CAPÍTULO VIII



N cuanto se posó en Orly el estratocohete que llegaba de los Estados Unidos, un coche se puso en marcha, en dirección al aparato. Llegando en el justo instante en que la pasarela automática salía de las paredes metálicas del monstruo brillante.

Momentos más tarde, Donald Callowan y el doctor Pat Sullivan salían del interior del cohete, haciendo un gesto de saludo a los dos hombres que habían bajado del coche. Una vez juntos, se estrecharon las manos.

Callowan y, Sullivan subieron al vehículo, siendo imitados por los otros dos, que se sentaron en la parte delantera.

Una de ellos, André Levigneux, puso el coche en marcha.

Aquellos dos muchachos, residentes comúnmente en parís, formaban el equipo electrónico de la SIP. A pesar de su juventud, eran dos de los mejores, técnicos del mundo en su especialidad y hubieran ocupado, sin dificultad, una cátedra de Física en la Universidad más exigente del Globo.

Entre los hombres de la Spacial International Police eran conocidos por el seudónimo de “Chispas”.

Y todos sabían cuántas y cuántas veces los dos hombres habían sacado del aprieto al Servicio, resolviendo problemas que parecían insolubles.

André Levigneux y Charles Dubon, eran una pareja de jóvenes alegres, con una eterna sonrisa en los labios y un espíritu de trabajo verdaderamente ejemplar. Jefes del Departamento parisino de Electrónica de la SIP, estaban siempre dispuestos a encontrar la manera de contrarrestar el esfuerzo de los delincuentes, que utilizaban, cada vez con más frecuencia, procedimientos científicos desconocidos por los criminales de otras épocas.

En cuanto a Pat Sullivan, el doctor de la SIP que ahora iba sentado junto a Callowan, su fama era tan antigua como la de la Organización. Había empezado con Donald en aquellos tiempos heroicos de la fundación de lo que ahora era el mejor cuerpo policíaco del mundo.

Durante el trayecto hasta la Central parisina no se dijeron nada. Pero una vez en el despacho de los dos jóvenes, y cuando los visitantes estuvieron sentados Callowan rompió el silencio.

—Nos alegró mucho recibir vuestro telegrama, muchachos. Podéis creer que lo esperábamos con ansia.

—También nosotros — replicó André — hubiésemos querido terminar antes el trabajo. Pero nos tropezamos con algunas dificultades y no podíamos hacer algo incompleto.

—Está terminado ya, ¿verdad?

—Sí, señor.

—¿Podemos verlo?

—Cuando quieran. Vengan por aquí.

Tras abandonar el despacho, salieron al pasillo, donde tomaron un ascensor que les condujo a los tremendos laboratorios que había en los sótanos. Trabajaban allí, a las órdenes de los dos jóvenes, una buena docena de técnicos, sin contar el centenar de obreros especialistas que se hallaban en las salas de montaje. Fueron hacia ellos y se detuvieron una enorme mesa sobre la que reposaba una especie de obús de más de ocho metros de longitud por uno y medio diámetro, Era metálico por entera y su superficie brillaba como la plata.

—¿Es eso? — preguntó Callowan.

—Sí —repuso André—. Está completo: sólo le falta que le adaptemos los rotores para permanecer en el aire, a una misma altura y en el mismo sitio.

—¿Qué contiene?

—Una mezcla especial de hidrógeno, en la que hemos tenido cuidado de evitar la "masa crítica". De esa manera, cuando la llama de oxígeno líquido se encienda, cosa que hará automáticamente, el hidrógeno se irá quemando poco a poco, evitándose la posible explosión.

—¿Producirá las suficiente?-—preguntó Pat.

—Sí, doctor. Será como la luz de un día de verano en la mayor intensidad solar.

—Pero — dijo Callowan — ¿no habéis olvidado que el procedimiento de esos bandidos inutiliza toda fuente de calor?

—No lo hemos olvidado, señor. Precisamente, cuando antes he hablado de "llama", lo he hecho utilizando una palabra inadecuada. La iluminación de este proyectil se hará por reacción química en frío.

—Eso está mejor.

—¿Durará mucho la iluminación? — tornó a preguntar Pat.

—Seis horas, con la misma intensidad.

—¡No está mal! —rio Callowan.

—El fundamento — aclaró Charles — es el de un proyectil que, en determinado momento se convierte en una especie de helicóptero, permaneciendo sobre la zona determinada e iluminando un área de unos cincuenta kilómetros de diámetro.

Donald y Pat miraron con respeto y simpatía al obús.

Y el primero dijo, sonriente:

—Creo, muchachos, que han encontrado lo que necesitábamos. ¿Volvemos al despacho?

Abandonaron el laboratorio y, nuevamente instalados en el despacho,

Callowan, que había encendido un cigarrillo, dijo:

—Espero, muy pronto, poder fumar uno de mis habanos. Porque, con la sorpresa que hemos preparado a esos granujas, el asunto va a terminar cuando tengamos precisiones de Stanley.

—¿Ha recibido usted alguna información suya?

—Sí — repuso Callowan—, Lawlor ha trabajado muy bien. La idea del abrigo de visón robado en Ramona City fue nuestra base. Claro que Stan estuvo a punto de perder la pista y morir en su misión, pero la suerte le acompañó y pudo descubrir a uno de los de la banda, que volvió, con toda seguridad, para hacer desaparecer su "cadáver".

—¿Dónde está ahora la banda?

—En Italia. Stanley no ha podido localizarla totalmente, pues el sujeto que salió de París ha permanecido en una casa de una región italiana, sin entrar en contacto, por el momento, con el resto de la banda.

—¡Fue famoso el golpe del "Canard qui roupille"!—exclamó André —. Y la prensa francesa ha encontrado el nombre que correspondía a esos granujas.

—¿Cómo los llaman?

—La Banda de los Nictálopes — repuso el joven—. No está mal, ¿verdad?

Fue el doctor Sullivan quien contestó:

—El nombre está bien elegido, ya que esa palabra significa "los que ven en la oscuridad o en la noche". Precisamente, la parte más ardua del problema ha sido estudiar cómo pueden lograr esa visión nocturna. He estudiado detalladamente la cuestión y he llegado a la conclusión de que los miembros de la banda actúan bajo la acción de alguna sustancia que acrecienta en su sistema ocular la cantidad de "rodopsina".

—¿Qué es eso?

—Lo que hace, precisamente, que ciertos animales puedan ver en la noche con completa normalidad. Esa sustancia, junto a grandes dosis de vitamina A, favorece la visión en la oscuridad. Ya saben ustedes que la vitamina A es empleada por nuestros especialistas en Rayos X para facilitar su visión en la oscuridad. Precisamente por eso les rogamos a ustedes el logro de un foco luminoso intenso, de luz blanca.

—Es lo que hemos hecho.

—Perfecto.

—Aunque quisiéramos saber para qué se necesita esa luz blanca.

—Para afectar a los "nictálopes", llamémoslos así ya... — el doctor sonrió —. La enorme dilatación de las pupilas cuando "trabajen" les impedirá resistir esa iluminación potente.

—¿Y el resto de la gente, es decir, sus víctimas?

—Estarán cegados unos instantes, pero los mecanismos reflejos del ojo les

permitirán resistir la nueva luz enseguida. Solo los nictálopes serán seriamente afectados.

—Muy curioso.

Hubo una pausa.

Después, Callowan dijo:

—Otra de las cosas que nos preocupan es saber como consiguen escapar con su botín. Normalmente, todos los vehículos son afectados por la paralización que hace que las fuentes de calor no funcionen. De ahí que no sólo la luz eléctrica, sino las cerillas y las linternas, dejan de funcionar.

“Sin embargo, ellos han de utilizar un medio de transporte para alejarse del lugar del delito. Es indudable que no han podido descubrir algo que no funcione como todo lo que conocemos ya...

—¿Entonces?

—Ese es el misterio — replicó Donald sin dejar de sonreír—: pero después de todo, lo importante ya lo conoceremos y, además, la luz intensa del aparato que habéis puesto en marcha evitará que puedan huir... Claro que tomaremos todas las medidas necesarias—y cuando hubo aplastado el cigarrillo en el cenicero que había sobre la mesa, continuó—: Hay algo más que quería preguntar, ya que Stanley me dijo, en su informe, que había hecho estudiar las huellas de la casa de la muchacha, sobre todo, creo yo, en lo que respecta al individuo que se presentó allí.

Charles se dio una palmada en la frente.

—¡Qué estúpidos somos!—exclamó—. ¡Palabra, señor Callowan, que estábamos deseando que llegase usted para decírselo! Pero, con todo lo demás, lo habíamos olvidado.

—¿Tan interesante es? — preguntó el jefe de la SIP.

—¡Más que eso!—replicó el Joven. Y tras un corto silencio, repleto de expectación, dijo—: Las huellas recogidas en la casa pertenecen a Charlie Berliner.

Callowan dio un salto.

—¡No!

—Sí, señor. No hay duda alguna... Las hemos examinado con todo cuidado, comparándolas con las de nuestro archivo general en París,

—Pero si Charlie murió en la penitenciaria de Los Ángeles.

—Eso dice la ficha, señor. No obstante, como afirmaba antes, no hay la menor duda.

Donald se frotó el mentón, pensativo

—No va a ser difícil comprobar todo eso. Voy a llamar a la Central ahora mismo para ordenar que examinen en la tumba de Charlie. Diré que lo hagan con cuidado y de una manera oficiosa. Pero es asombroso... ¡Stanley y yo

vimos su cadáver destrozado!

—Es imposible resucitar a un muerto — dijo Sullivan.

—Y menos a un muerto como Berliner. Ya te hablé del horrible aspecto que ofrecía.

—Sí, lo recuerdo.

Callowan se puso en pie.

—Bueno, llamaré a la Central. Después descansaremos un poco, ¿eh, Pat?

—Desde luego.

—Tenemos que esperar la comunicación de Stanley. No podemos hacer nada hasta que sepamos a qué atenernos.

—Nosotros — dijo Charles—terminaremos de colocarle los rotores al proyectil. Dentro de una hora estará dispuesto para funcionar.

* * *

La cabaña era incómoda, pero poco le importaba a Stanley aquel detalle, ya que toda su atención, tanto de día como de noche, estaba concentrada en la casa en la que el bandido se ocultaba.

Suponía que aquel hombre estaba en comunicación con la banda; pero, por el momento, no se había movido de allí, haciendo que le llevasen víveres de la población cercana — Vinovidetto—, una ciudad nueva y floreciente en la que, como había visto el agente al bajar a buscar comida, se estaba preparando una gran fiesta.

Sirviéndose de los poderosos prismáticos de los que se había provisto, Lawlor no dejaba de observar durante el día las ventanas de la casa. Podía ver al hombre que se movía, como un león enjaulado, de un lado para otro, fumando sin cesar.

—Está nervioso — se dijo Stanley—, aunque no sé por qué. Pero no tardará en tomar una decisión, y entonces sabré dónde se preparan a dar el próximo golpe.

En la Delegación romana de la SIP le habían dado todo lo necesario, incluso un coche, un monoplaza de dimensiones reducidas y para todo el terreno, con el que había seguido al vehículo del otro.

Y ahora estaba dispuesto a seguirle de nuevo, hasta donde fuese.

Llevaba cuatro días allí. Y sólo cuando la noche caía se atrevía a acercarse a la casa, vigilando entonces de cerca, aunque tenía que hacerlo con mucho cuidado. Había visto el rostro del hombre y, aunque sus facciones le recordaban algo, no pudo precisar en ningún momento si le conocía o no.

Aquella tarde ya empezaba a oscurecer y cielo estaba lleno de nubes, el joven miró temiendo que se desencadenase una tormenta. Tenía miedo de verse obligado a refugiarse en su coche, no pudiendo vigilar la casa como lo

deseaba.

Seguía observando la casa con los prismáticos cuando comprobó que un coche llegaba y que el hombre salía a la puerta, como si hubiese oído el motor. Pronto, en el campo de visión de sus gemelos, apareció una silueta, saliendo del vehículo.

Stanley se estremeció.

Era la muchacha del abrigo de visón, la que había disparado contra él con evidente deseo de matarle. Ahora llevaba un impermeable azul y estaba tan extraordinariamente bonita y seductora como siempre.

No obstante, y gracias al aumento colosal de su aparato óptico, el agente pudo ver que la expresión del rostro de la muchacha expresaba miedo al mirar al hombre que sonreía, aparentemente satisfecho, en la puerta.

Ambos entraron y cerraron la puerta tras ellos. Stanley se disponía ya a bajar los prismáticos cuando un movimiento de la portezuela posterior del coche le llamó la atención, viendo instantes después que un hombre salía del vehículo y corría hacia la parte posterior de la casa.

¿Qué misterio era aquél?

Dejando los gemelos, Lawlor se dijo que no podía dejar de saber lo que pasaba en la casa y, sobre todo, lo que iba a pasar. Tomó el camino que conocía ya de memoria y por el que se movía con completa soltura, en plena oscuridad; avanzó hacia el edificio, sin olvidar de entreabrir su chaqueta para que la Lüger especial estuviese más fácilmente al alcance de su mano.

Avanzó, decidido.

* * *

A Doris le temblaban las manos cuando abrió la portezuela del coche.

Levantó la cabeza, mirando la sonrisa sardónica y segura que afloraba a los labios de Chad. Y se estremeció, diciéndose que había cometido un gran error acudiendo a la llamada de él para darle instrucciones sobre el próximo golpe.

Estuvo tentada de cerrar de nuevo la portezuela y salir corriendo de allí. Pero la mirada de Charlie tenía un extraño poder y ella sabía, por otra parte, que él dispararía contra el coche si intentaba escapar.

Se dirigió hacia el hombre, haciendo un supremo esfuerzo por parecer tranquila.

—¡Hola, Chad! — dijo.

Pero su voz sonó a falso y ella se dio cuenta de ello mejor que nadie.

¿Dónde estaba la Doris de otros tiempos, capaz de hacer frente a cualquier cosa sin miedo alguno?

Había cambiado mucho en aquellos últimos días, desde que disparó contra el policía, como si aquel hecho la hubiera despertado totalmente del estado

ficticio en que había estado viviendo.

Sabía que ahora era una Doris normal, una muchacha como las demás; pero, en aquellos momentos, hubiese dado cualquier cosa por volver a ser la de antes y hacer así frente a aquel hombre que ahora le daba un miedo terrible.

—Hola, pequeña... Pasa.

La puerta, al cerrarse tras ella, pareció tener para Doris la significación de algo que la separaba para siempre de la seguridad.

Penetraron en el living y Chad le señaló un sillón.

—Siéntate — dijo—. ¿Quieres beber algo?

—No, gracias... Los otros me están esperando. ¿Quieres decirme lo que hay que hacer?

De espaldas a la muchacha, Charlie se estaba sirviendo un vaso de “whisky”. Después se volvió y lo levantó a la altura de sus ojos.

—¡A la salud de la muchacha más bonita del mundo! — exclamó.

Ella hizo un gesto, sin saber qué decir.

Charlie avanzó hacia ella después de dejar el vaso.

—Quisiste engañarme, ¿eh?

—¿Yo?

—Sí. Te has pasado de lista siempre; pero creo que te advertí una vez que conmigo no se juega.

—¿Qué quieres decir?

Él guardó silencio y encendió un cigarrillo con parsimonia.

Después dijo:

—¿No te parece que deberías preguntarme por el cadáver del policía que me mandaste enterrar?

—¡No quiero saber nada de eso! ¡No quiero recordarlo!

—Curioso. Creo que como artista de teatro no hubieras tenido precio. Eres una comediante de marca, Doris. ¡No había cadáver! Naturalmente, porque tú lo habías inventado para poder volver al cabaret y apoderarte del collar de perlas de la inglesa.

—¿Que no había cadáver?

—¡Claro que no! No había nadie en tu casa... ¡Hipócrita! En seguida me di cuenta de que te habías reído de mí, pero yo soy un hombre paciente y sé esperar. Lo que no consiento es que nadie me deje nada a deber.

—¿Qué quieres decir?

—¡No te hagas la tonta! Bien sabes de lo que estoy hablando.

Ella sacó energías de su corazón atormentado.

—¡No te debo nada, Chad! Tú mismo acabas de decir que no encontraste el cadáver. ¿Qué puedes exigir entonces?

Los ojos del hombre llamearon.

—¡Todo! ¿Lo entiendes? ¡Puedo exigirlo todo! Tú has estado burlándote de nosotros, pero esos imbéciles te tienen miedo; es decir, temen a tu hermano. Yo no le temo.

—¡Te matará si intentas algo!

—No lo creas, el más que nadie, sabe que no puede jugar conmigo. Después de todo, Charlie Berliner está muerto para el mundo. ¿Y quién va a perder el tiempo buscando a un muerto?

Estaba junto a ella, y la muchacha, aterrorizada, se puso en pie, alejándose de su lado.

Luego, como si se considerase irremediablemente perdida, corrió hacia la puerta, buscando en ella la salvación.

Pero Chad, de un salto, se interpuso entre la muchacha y su objetivo, y cerró la puerta con llave.

—¡No tan aprisa, palomita!

Ahora se dirigió directamente hacia la muchacha, que se hallaba en un rincón de la estancia, apretada contra la pared, como si desease que ésta se abriese.

Las manos de Chad cayeron sobre sus hombros.

—¡No me toques! —gritó la muchacha, intentando vanamente desasirse de Berliner.

Éste lanzó una carcajada.

Pero su rostro perdió su expresión gozosa al oír la voz que sonó a su espalda.

—¿No la has oído, cerdo? ¡Quítale las patas de encima!

Chad obedeció, volviéndose.

La sonrisa reapareció, al ver que Jean Lumoux estaba allí, con una pistola en la mano, mirándole con odio y temor al mismo tiempo.

—¡Caramba! — exclamó Charlie —. ¡Si es el bueno de Lumoux! ¿Cómo has llegado hasta aquí, muchacho?

—En el coche de Doris. Me metí en él sin que ella se diese cuenta.

—Muy interesante... La quieres, ¿verdad?

—No consentiré que la ensucies con tus asquerosas manos, Chad. ¡Estoy dispuesto a matarte, si es preciso!

Chad dijo:

—No lo tomes así, muchacho. Después de todo, lo que yo deseaba era darle una lección. ¿Es que no lo merece? ¿No se ha reído de ti más que de nadie?

—¡Eso es asunto mío!

Chad se había ido acercando al otro, que seguía mirándole con los ojos extraordinariamente abiertos.

—Está bien, chico — dijo Berliner—. Quizá me haya pasado un poco de la raya. Ahí la tienes..., es tuya...

Y fue en aquel momento cuando saltó sobre el joven, desviando el disparo que atronó el silencio, llenando la estancia de olor de pólvora. Cayendo sobre Jean, las sólidas manos de Chad buscaron y encontraron el cuello. Empezó a apretar con todas sus fuerzas.

—¡Idiota! ¡Cobarde! No fuiste más que un muñeco en sus manos y todavía quieres salvarla...

Jean se estremeció, sacudiendo su cuerpo con violencia.

Luego quedó inmóvil.

Seguro de que su adversario había muerto, Chad se levantó, respirando trabajosamente.

—No cuentes ya con tu protector, pequeña...— dijo, con una sonrisa burlona en los labios.

Pero cuando se volvió para ver el efecto que sus crueles palabras hacían en la muchacha, no vio a nadie. Corrió hacia la puerta y la abrió de par en par...

El coche de Doris seguía allí.

Dio la vuelta a la casa, intentando perforar las tinieblas que le rodeaban. Lamentó que los efectos de la última inyección se hubieran pasado ya. Y cerrando los puños, entró de nuevo en el living, tomó el teléfono y ordenó a sus hombres que preparasen el golpe para la noche siguiente.

Gritaba como un energúmeno.

Stanley, junto a la ventana, a la que se había acercado de nuevo, pudo oírle con facilidad. Después se alejó al lugar por el que había visto huir a la muchacha.

CAPÍTULO IX

ESPIRANDO dificultosamente, Doris no tuvo más remedio que detenerse, sintiendo que el corazón quería saltársele del pecho. Había corrido locamente, sin saber hacia dónde, buscando sólo la distancia entre la casa y ella.

Ahora, después de dejarse caer en la húmeda hierba que tenía a sus pies, dejó que la reacción emocional se apoderase de ella y empezó a llorar en silencio.

Eran demasiadas emociones en poco tiempo. Y después de la muerte del policía, el sacrificio de Jean venía a agregar la gota de agua que hacía que el nivel rebasase el del vaso lleno ya hasta el borde.

¿Qué podía esperar viviendo como lo había hecho?

Los hombres que la habían rodeado desde joven, desde que su hermano la abandonó a su cuidado, eran como fieras de una selva primitiva. Y ella, forzosamente, hubo de imitarles, convirtiéndose en una fiera más, Quizá menos feroz, pero más llena de maldad que las otras.

Claro que el ejemplo de Jean era como una esperanza, ya que el joven acababa de demostrarle que no se había corrompido por completo, a pesar de todo. Y eso podía sucederle a ella, saliendo parcialmente limpia de aquel fango en el que había permanecido, hundida hasta el cuello, desde hacía tantísimo tiempo.

¡Todo hubiera sido tan hermoso de no haber disparado contra el policía!

Porque, si Chad había dicho la verdad, el no haber encontrado el cadáver no significaba nada, ya que los vecinos pudieron oír el disparo y haberse llevado el cuerpo, que bien podía ser el de un moribundo.

Doris recordó la mancha de sangre sobre el corazón de aquel hombre y se sintió desfallecer.

Fue entonces cuando oyó los pasos. Su corazón volvió a latir alocado. Por un momento, sacando fuerzas de flaqueza, estuvo tentada de levantarse y huir; pero una especie de sentido de fatalidad le obligó a dejarse caer de nuevo.

“Si es que Chad ha de matarme —dijo—, es que Dios no me ha perdonado.”

Una alta silueta surgió ante ella.

—¿Está usted bien? — preguntó una voz con tono amable.

¡No era Chad!

Unos brazos fuertes la ayudaron a incorporarse. La oscuridad le impedía ver claramente los rasgos del rostro del hombre. Pero una especie de sentido de confianza la envolvía. Se dejó llevar del brazo, hasta que se detuvieron ante un pequeño vehículo, cuyas luces encendió él.

Ella retrocedió, asustada.

—¡No! ¡No puede ser!

Pero él, con una sonrisa, aclaró:

—No se alarme, muchacha. Soy yo y usted no me mató, porque la bala de mi pistola no era más que un proyectil anestésico.

—¿Entonces... Chad decía la verdad?

—Sí.

—¿Y qué hace usted aquí?

—Mi trabajo, señorita. Vi todo lo que pasaba en la casa y estaba a punto de intervenir cuando vi que usted saltaba por la ventana que ese desdichado joven había utilizado para entrar.

Ella le sonrió, con una mueca en la que había tristeza y gozo al mismo tiempo.

—¡No sabe usted la alegría que me ha dado al ver que no le había matado!

—No se preocupe más por eso.

—¿No preocuparme? Desde que salí de aquella casa, con la convicción de que estaba usted muerto, todo lo que consideraba como importante se vino abajo. Me di cuenta del mal camino que había llevado. Y lo peor era que, cuando deseaba arrepentirme, ya no había tiempo...

—Pues ahora sí que lo hay. Y puede demostrarlo.

—¿Cómo?

—Ayudándonos. Estamos muy cerca de terminar con la banda de los nictálopes y usted, como ex miembro de ella, puede facilitar nuestra labor.

Una infinita tristeza se dibujó en su rostro, haciéndola parecer aún más bella a los ojos de Stanley...

—No sé... si podré — musitó sin mirar al joven.

—¿Por qué?

—No puedo decírselo. De nuevo, como puede darse cuenta, cuando podría ayudarles, me encuentro atada a algo que nada ni nadie puede romper.

—Es igual. Yo sé que usted reflexionará.

—¡Ojalá pudiera hacerlo ahora mismo!

Y, mirando fijamente a Stan, preguntó:

—¿Tiene usted hermanos, señor...?

—Me llamo Stanley Lawlor.

—Yo soy Doris..., ¿qué importa el nombre ahora? Tengo un hermano, al que quiero, a pesar de todo, más que a nadie... ¿Me comprende ahora?

—Creo que sí. Ese hermano es de la banda..., ¿verdad?

—Sí.

—¿El jefe, quizá?

—Sí.

—Entiendo perfectamente. Y le prometo no insistir más. Aunque me creo en el deber de advertirle que el castigo será muy severo.

—Lo sé. Y me imagino que será por lo de la astronave, ¿verdad?

—Sí. Cierto es que pueden defenderse; pero, de todos modos, murieron muchas personas en aquel accidente: mujeres y niños que nada habían hecho a su hermano...

—¡Cállese, por favor! ¿Cree que no he pensado en ello? Pero estaba ligada a algo espantoso, a ese lazo de sangre que...

—Déjelo. No hablemos más de ello, Afortunadamente, ahora sé dónde va a darse el golpe y podremos proceder en consecuencia.

—¿Lo sabe? — se asombró ella.

—Sí. Oí a ese Chad que lo decía por teléfono, poco después de que usted huyese.

—¡Es un asesino!

—No se preocupe y pensemos ahora en cosas prácticas. ¿Sería usted capaz de conducir este cochecito, llevándome sobre la cabina? No hay sitio para dos, como usted ve.

—¡Cuántas molestias le estoy causando!

—No tiene importancia. ¿Estamos de acuerdo?

—Sí.

—Procure no correr demasiado y tomar las curvas con cuidado... No haga como la última vez, cuando yo iba en la parte trasera de su Cadillac.

Doris sonrió.

—¡Cómo iba a imaginar que se había escondido debajo de la manta de viaje!

Él le abrió la puerta y ella se sentó ante los mandos. Y cuando Stanley se hubo colocado, como pudo, exclamó:

—Ya puede usted ponerlo en marcha.

—¿Hacia dónde vamos?

—A Roma.

El minúsculo vehículo empezó a moverse. Al llegar a la carretera, aumentó la velocidad.

—¿Va usted bien? — inquirió la muchacha, sacando la cabeza por la ventanilla.

—¡Estupendamente! Puede apretar un poco más, si quiere.

Y sonrió. Porque, en el fondo, sin saber exactamente por qué, sentía gozo de tenerla a su lado, completamente liberada, o casi, de todo lo que la había

tenido hasta entonces al otro lado de la trinchera, en el campo de la delincuencia y el horror...

* * *

Los ojos de Callowan brillaban de alegría. Tenía un mapa de Italia sobre la mesa y cuando Pat entró, acompañado de los dos “Chispas”, a los que le había mandado llamar, dijo, señalando el mapa:

—¡Ha llegado el momento, muchachos!

Se acercaron.

—¿Ha tenido noticias de Stanley? — preguntó André.

—¡Completas! Ese muchacho se ha portado como un “jabato”. Además, hemos tenido noticias de Washington, respecto a la sepultura de Charlie Berliner.

—¿Y qué?

—La caja está vacía.

—¿Luego...?

—No debió morir. Y esto aclara muchísimos puntos. Pero lo primero es lo primero... ¿Veis este pueblo?...

—Sí.

—Es Vinovidetto, el lugar elegido por la banda para actuar mañana por la noche.

—¡Pero si son casi las doce! Querrá usted decir hoy por la noche...

—Sí, ya lo sé. Stan no ha podido comunicarme la noticia antes. Tenemos tiempo, ¿verdad?

—Desde luego — aseguró Charles.

—Bien. Vinovidetto, al que he hecho mal en llamar pueblo, ya que se trata de una ciudad floreciente, se está preparando para inaugurar mañana por la noche la Feria Anual. Ya comprenderéis la cantidad de visitantes... y de dinero que caerá por allí.

—¡Esos granujas piensan en todo!

—Desde luego. Pero esta vez van a encontrarse con una sorpresa.

Los dos “Chispas” se habían adelantado, observando atentamente el mapa, estudiando las curvas del servicio meteorológico, las isobarras e isotermas, que tanta importancia tenían para el lanzamiento del proyectil.

—¿Alguna dificultad? — inquirió Donald.

—Ninguna. Lanzaremos el proyectil desde los alrededores de Nápoles. La situación del tiempo nos favorecerá; pero, para mayor seguridad, estaremos en comunicación con los observatorios italianos.

—Perfecto. Según Stan, el golpe se dará a las once menos cuarto de la

noche, es decir, cuando habrá más animación en la Feria.

—Eso quiere decir — intervino André — que el aparato debía ponerse en marcha alrededor de las once.

—Es el mejor momento.

Donald preguntó:

—¿No cree que es darles un margen grande?

—No. Ellos necesitan, por lo menos, una hora para realizar su “trabajo” a conciencia. Les interrumpiremos en el momento preciso.

—De acuerdo.

—La policía italiana — dijo Callowan, después de una pausa — rodeará la ciudad y un servicio especial de helicópteros estará dispuesto a intervenir en el momento preciso.

—¿Olvida usted que ningún vehículo podrá funcionar?

—No lo he olvidado — repuso el jefe de la SIP—. Nosotros, naturalmente, y cuando digo nosotros hablo de todos, incluso Stan, que nos estará esperando en un punto determinado, iremos a pie a la ciudad, deteniendo a todos los que muestren síntomas de ceguera.

—¿Y el resto del público?

—Su actitud no tiene importancia. Iremos armados y no habrá peligro alguno.

Miró a sus hombres.

Y con una sonrisa preguntó:

—¿Alguna pregunta más?

—No — dijo Pat, en nombre de los demás.

Una hora más tarde, dos poderosos helicargos abandonaban París. En el interior de uno de ellos, un obús plateado dormía su sueño inorgánico esperando el momento de ponerse al lado de la Justicia.

* * *

Lawlor meneó la cabeza.

—No, señorita Doris..., usted debe quedarse aquí, en Roma, en el hotel. Le prometo venir en seguida, para darle noticias.

—No me obligue a escaparme, Stan...

—Cerraré la puerta con llave.

—Saldré por la ventana. ¿No comprende, amigo mío, que no puedo quedarme aquí? Me negué, por razones familiares, a ayudarle en las preguntas que usted, me hizo. Pero ahora es distinto. Yo puedo colaborar con ustedes, ya que yo conozco a todos los miembros de la banda y podré ir señalándoselos para que los detengan.

—No creo que sea necesario.

—¡Pues debe creerlo! Son peligrosos..., sobre todo Rock. Si se ve acorralado, se defenderá como una fiera.

—Estamos acostumbrados a tratar con fieras.

Ella pateó el suelo, como una niña colérica.

—¡Nunca vi un hombre tan tozudo como usted, Stan! Pero se equivoca si cree que seguiré sus órdenes.

—Debe hacerlo, Doris...

—No puedo. De verdad. ¡Déjeme ir con usted y le prometo ser prudente! ¿O es que no me aprecia, Stan?

—No hable así, Doris.

—Yo también le aprecio..., y mucho más de lo que se imagina. Por eso quiero estar a su lado. No podría quedarme, aquí; terminaría volviéndome loca.

La sonrisa de la muchacha le desarmó.

—Bueno..., usted gana. Pero por esta vez.

Sin poderse contener, ella saltó hacia él, tomándole en sus brazos, y besándole en la boca.

Fue como si una bomba de hidrógeno hubiera estallado en las venas del agente. Durante unos segundos fue incapaz de reaccionar, aunque no lo intentó... Experimentó algo increíble, una sensación que le embargó hasta hacerle creer que perdía el equilibrio o que el suelo huía bajo sus pies.

Pero no tardó en reaccionar. Y lo hizo de la manera más lógica y natural del mundo. Oprimió a la muchacha contra él y puso su parte en aquel beso que estaba batiendo todos los récords olímpicos.

CAPÍTULO X



UE ha llegado Chad? — inquirió James, poniendo los pies sobre el borde de la mesa en la que habían estado jugando a las cartas.

—Creo que sí —repuso Samuel—. Pero sigue en su habitación.

—¿Y Jean?

—No lo sé. Desapareció como si se lo hubiese tragado la tierra.

—¡Allá él! —Rock lanzó una risotada—. A quien me gustaría ver es a esa presumida de Doris. ¡Seguro que Chad la ha domado para siempre!

—¿Crees entonces que la llamó para...?

James volvió a reír.

—¿Eres idiota o qué...? ¡Lástima que Chad se me haya adelantado...

La entrada de Charlie cortó su frase. Y el recién llegado, mirando a James, preguntó:

—¿Hablabas de mí?

—Sí. Estaba diciendo que has tenido suerte con Doris.

—¿Suerte? — una sonrisa feroz entreabrió los labios del hombre—. ¡Se me escapó en el último momento!

—¿Eh?

—Como lo oyes. Y todo por la culpa de ese idiota de Jean, que se presentó

en el instante menos oportuno, amenazándome con una pistola, dispuesto a defender a su palomita.

—¿Y logró llevársela?

—¿Me tomas por un imbécil? Ella se escapó por una ventana de la casa mientras yo ajustaba las cuentas a ese entrometido.

—¿Lo has... liquidado?

—Con mis propias manos.

Y las mostró, como si desease utilizarlas como testigos.

—Entonces, ¿no sabes dónde está la muchacha?

—Ya la encontraré, no te preocupes. Y la próxima vez no se me escapará.

—¿Y su hermano?

—Justamente iba a hablaros de eso. Creo que ha llegado el tiempo de liberarnos... Él está muy a gusto, en su sillón sin molestarse, mientras nosotros tenemos que dar la cara. ¿Qué os parece?

—Yo estoy de acuerdo—dijo Samuel.

—¿Y tú? — preguntó Chad, mirando al otro.

—Estoy contigo, siempre que el beneficio sea mayor.

—Desde luego. Lo del hermano de Doris y lo de ella nos lo partiremos. ¿O.K.?

—O. K.

Chad se acercó a la ventana, levantando ligeramente el visillo.

—La feria está empezando — dijo con una sonrisa —. Hay gente a montones. Creo que esta vez nos llenaremos los bolsillos.

—Será un buen golpe.

Chad consultó la hora.

—Son las nueve y media. Vamos a mi habitación a inyectarnos.

Se levantaron los otros dos y pasaron a la habitación que Charlie tenía en el hotel. Se oía el rumor del gentío que empezaba a llenar las calles.

—¿Has avisado a los otros?—preguntó Samuel.

—Sí — repuso Chad—. Tony y Lewis están avisados. Pondrán en marcha el aparato a las once menos cuarto.

—¿Y los del helicargo?

—También están avisados. Como siempre,

Charlie había abierto un maletín del que extrajo una jeringuilla, con una aguja larguísima y finísima. La hundió en un frasco y acercándose al espejo la hundió en el lacrimal, haciendo una mueca.

También hizo un gesto de desagrado Samuel.

—No sé cómo te atreves a hacerte eso solo.

—Es la costumbre. Prepárate, Rock.

—Ya lo estoy. Pero esto me gusta cada vez menos. Tengo una irritación horrible en los ojos y tengo que llevar, casi todo el tiempo, gafas negras...

Y las sacó del bolsillo, mostrándolas.

—Te dejaremos descansar un par de veces — prometió Chad —. Acércate un poco.

Hincó la aguja y después repitió la operación con Samuel,

—Bajad al bar y llamad a los otros. Hay que estar preparados.

Diez hombres más fueron inyectados.

Luego, Chad dijo:

—Podéis ir a pasear por ahí. Cuando se apaguen las luces, obrad como siempre. Pero ya sabéis que no nos interesa más que el dinero. Reunión al acabar en la Piazza Goremi. ¿Visto?

Todos asintieron, saliendo de la habitación.

—¿Jugamos un poco? — preguntó Samuel.

Aceptaron los otros dos y se pusieron a jugar, con el reloj delante, echando ojeadas frecuentes a las manillas, que se iban moviendo con una lentitud tremenda.

Hasta que Chad anunció:

—Faltan cinco minutos. Vamos a la calle.

El estruendo de la fiesta era enorme. La gente iba de un lado para otro, penetrando en las tiendas iluminadas profusamente y repletas de todo lo que podía desearse.

Rock se pasó la lengua por los labios.

—¡Buen golpe el de esta noche!

Chad no dijo nada, encendiendo un cigarrillo.

No pudo terminarlo, ya que las luces cedieron, desapareciendo totalmente y rodeando a la ciudad de una capa de intensa negrura.

Había llegado el momento.

—¡Se han apagado las luces!

* * *

Callowan asintió, mirando a sus hombres.

—Ha llegado el momento de actuar, muchachos. Entraremos por la misma calle, separándonos después. No importa que caminemos a tientas, lo importante es estar dentro de la ciudad cuando se produzca lo que esperamos.

—No hay que olvidar que ellos nos verán, señor.

Donald se volvió hacia Stanley, que era quien le había hablado.

—Ya sé por qué lo dices, muchacho. Ninguno de nosotros se adentrará mucho en la ciudad. Sobre todo, la señorita y tú. Ellos la conocerían y podrían tomar represalias. Las órdenes son las siguientes: Acercarse a la ciudad y entrar un poco por la calle principal. Mantenerse pegado a una pared sin mostrar las armas, que para algo las llevamos camufladas. Y esperar el momento de actuar. Ya sabéis que los culpables estarán completamente ciegos, y aunque nosotros padeceremos un poco esa sensación, desaparecerá en seguida. ¿De acuerdo?

Y como nadie hiciese objeción alguna, ordenó:

—En marcha.

La oscuridad era densísima, pero estaban lo suficientemente cerca de la ciudad para poder salvar, sin más, la distancia que les separaba de la entrada a la calle principal.

El griterío era inmenso.

Como siempre, el pánico había hecho mella en mujeres y niños. Y los hombres, más consecuentes, intentaban retener a sus familias a su lado, convencidos de que se trataba de un corte accidental de luz.

Pero había otros que recordaban lo ocurrido en el mundo. Y los gritos de "¡Son los nictálopes!" sonaban ya por todas partes.

Pegados a la pared, Callowan y los suyos permanecieron en silencio, evitando los empujones que los más alocados les daban.

Pasaron los minutos.

De repente, una especie de nuevo sol surgió del cielo, obligando a todos a cerrar los ojos con fuerza. Las tinieblas se desvanecieron de repente, iluminando hasta el último rincón de la ciudad.

Los hombres de la SIP esperaron unos segundos; después abrieron los ojos para comprobar que veían perfectamente.

—¡A ellos!—rugió Callowan.

Se separaron, sacando sus pistolas y corriendo de un lado para otro, abriéndose paso entre el gentío que se separaba a las voces de "¡policía!", que todos los hombres de Callowan iban gritando.

También corría Stan, seguido por la muchacha. Apenas habían llegado a una pequeña plaza cuando ella gritó:

—¡Allí hay tres! ¡Mírales con los ojos tapados!

El joven se precipitó hacia, ellos, haciendo sonar las esposas, que se cerraron sobre sus muñecas en un abrir y cerrar de ojos.

Pero en aquel momento, un grito a su espalda le hizo volverse, justo para ver que Doris iba arrastrada por la mano de un hombre que llevaba gafas negras.

Loco de furia, Stan corrió hacia él, pero la gente, aterrada por todo lo que

ocurría, echó a correr en mil direcciones distintas, formando un muro movedizo y espeso ante el joven y la pareja.

—¡Dejen pasar! ¡Soy de la SIP!

Aquellas palabras obraron como un milagro y pudo al fin abrirse paso, viendo que la muchacha y su raptor corrían hacia un helicargo que estaba posando, en aquellos momentos, en una avenida ancha.

Fue entonces cuando, mecánicamente, cambió el dispositivo de su pistola, sin dejar de correr, poniéndolo en disposición de disparar balas mortíferas.

Deteniéndose, con los dientes apretados, apuntó, rogando no equivocarse. Y aprovechando el momento en que el hombre y la muchacha se detenían, junto al aparato, apretó el gatillo, sintiendo un frío horrible en el corazón.

Al ver desplomarse al hombre, soltó un grito de júbilo, volviendo a disparar, ahora con mayor seguridad, cuando el primer ocupante del helicargo asomó la cabeza.

El hombre cayó de bruces, desde lo alto.

No se extrañó nada Stan, mientras corría hacia Doris, de que el aparato reemprendiese el vuelo, alejándose rápidamente de allí.

Cuando llegó junto a la joven, la estrechó fuertemente contra sus brazos.

—¡Doris!

—¡Amor mío!

—¿Te das cuenta de que no debías haber venido conmigo?

—Sí. Jamás volveré a desobedecerte.

—¡Que Dios te libre de ello! — y señalando el cuerpo del hombre con gafas—: ¿Quién era?

—James Rock: el hombre al que más he temido en mi vida.

* * *

—¿Me das fuego, Carlo?

El portugués obedeció, tendiendo el encendedor a su Jefe,

Luego, mientras éste aspiraba el humo del habano, comentó:

—¿Quedó todo claro?

—Todo. La historia es muy sencilla. Charlie, al llegar a la prisión, tuvo la habilidad de contar al doctor ciertas cosas interesantes sobre un golpe que estaba preparando cuando lo cazamos. Charlie obró sin saber a quién estaba hablando. Porque el doctor Crover, el hermano de Doris, era un amargado que había reaccionado siempre mal ante la humanidad. Por eso formó la banda que, siguiendo sus instrucciones, operaba en Los Ángeles y en otros Estados de la Unión.

—¿Y podía dirigirlo desde la prisión?

—Naturalmente. La penitenciaría era su oficina. Hábil como un zorro, el doctor tenía ocasión de escuchar muchísimas cosas de sus interesantes pacientes, muchos de ellos condenados a muerte y que, en el último instante y agradecidos por lo que el médico había hecho por ellos, le confesaban golpes preparados, lugares en los que habían dejado escondido el botín. ¿Puedes imaginarte un negocio más saneado que el de Crover?

—¡Es fantástico!

—Todo iba bien, aunque los beneficios, sin dejar de ser importantes, no alcanzaban la cifra que el ambicioso doctor soñaba. Por eso, al llegar Charlie y cuando explicó su plan al doctor, Crover se dio cuenta de que acababa de encontrar el filón que andaba buscando. Pero Charlie no era tonto y comprendió en seguida que si se iba de la lengua, el médico le dejaría ir a la Cámara Electrónica, limitándose a certificar su defunción..., dedicándose después a explotar el asunto. Por eso que Berliner habló claro, guardando parte del secreto. Dijo todo, excepto la personalidad de los dos tipos, los dos ex profesores de la Universidad de Física de Chicago, que habían inventado el aparato para suprimir la luz y el calor de todas las fuentes normales de energía.

—¿Y lo de los ojos?

—De eso se encargó Crover. No era tonto y perfeccionó un procedimiento que luego descubrió, sencillamente, nuestro Pat.

Lanzó una bocanada de humo.

Después siguió:

—Faltaba librar a Charlie de la última pena. E ignorando que iba a ser conmutada, forjaron entre los dos un plan sutil que nos engañó a todos. Charlie saltó desde tres metros, siendo recogido por el doctor que, apresuradamente, se lo llevó a la enfermería, “maquillándole” tan perfectamente que todo el mundo creyó que se había hecho pedazos. Cuando Stanley y yo le vimos en el Depósito, recuerdo que había poca luz y que no permanecimos allí más que un instante. De todos modos, la obra de Crover era notable. Ese muchacho hubiera ganado una fortuna haciendo monstruos para el cine.

—¿Y cómo su helicargo no sufría la paralización que los demás vehículos? — inquirió Daveira.

—Un blindaje especial del motor, con una capa de cadmio: algo muy sencillo..., pero que había que saber.

—¡El huevo de Colón!

—Algo así.

Hubo una pausa; luego Callowan dijo:

—Ya sabes para qué te he llamado, Carlo, He dicho a Doe que se quedase allí, ya que con uno de vosotros basta.

—¿Hay que terminar con el doctor?

—Si, no hay más remedio. Hemos descubierto unas siete u ocho muertes hechas en la prisión, lo que nos demuestra que Crover “adelantó” la ejecución de algunos de sus enfermos para lograr sus propósitos.

—¿Y su hermana?

—Por eso quiero que lo hagas tú, precisamente. Doris y Stanley se han casado y yo he aconsejado al muchacho que se llevase a su esposa a Marte. Cuando regresen, daremos una explicación cualquiera..., ya veremos. Puesto que ella va a Marte a cumplir la condena de un año que se le ha impuesto.

—Bien. ¿Cuándo hay que hacerlo?

—Ahora mismo.

—¿Sabe él algo?

—No. Nos hemos arreglado para que las noticias no llegasen a la penitenciaría. Y esperamos que tú hayas terminado tu trabajo para llevar allí a los detenidos..., entre ellos a Charlie, por segunda y definitiva vez.

El portugués se levantó,

—De acuerdo — dijo.

Y salió.

* * *

—Por aquí, señor.

El empleado se hizo a un lado, dejando que Carlo penetrase en la habitación, un despacho de paredes blancas y muebles metálicos, con vitrinas de instrumentos médicos y una librería a la izquierda.

Habla un hombre tras la mesa.

Era alto, Juvenil, con el pelo claro y los ojos azulados.

—¿El doctor Crover?

—Sí.

—Soy Daveira. Carlo Daveira.

—Encantado. Usted dirá... ¡Pero siéntese, por favor!...

—No es necesario. Muchas gracias. Voy a estar muy poco tiempo.

—Como quiera, ¿Cuál es el motivo de su visita?

—No me gusta darle vueltas a los asuntos, doctor. Tampoco soy de los que se gozan sádicamente. He venido a matarle.

—¿Eh?

—Lo Que oye. La banda que usted dirigía ha sido destrozadas, sus miembros detenidos, entre ellos Charles Berliner, cuya muerte camufló usted tan bien. Solo Rock ha muerto, además de un tipo llamado Clement, que iba en el helicargo.

Harry se puso pálido.

—¿Y Doris?

—Su hermana no está en peligro, doctor. Se casó con uno de mis compañeros, el agente Lawlor, al que usted conoce, y que se encargó del asunto. Están lejos ahora... Usted estuvo a punto de echar a perder a esa muchacha

—¿Y eso qué quiere decir? Me quedé con ella cuando murieron mis padres... ¡y tuve que hacer de niñera de esa mocosa insoportable! Hasta que me cansé y la obligué a trabajar para ganar lo que comía.

—Podía haberle dado un trabajo más honesto.

—Basta de charla, señor Daveira. Usted sabe que no puede matarme y que he de ser juzgado, como los demás.

—Tiene usted razón, doctor. Pero queremos evitar penas a su hermana...

—¡Al diablo con ella!

—Es usted injusto. Queremos evitarle los sufrimientos del proceso que, de todas maneras, le llevaría a 1a Cámara...

—¡No puede hacer eso! ¡No puede matarme como a un perro!

—Lo merece usted, señor Crover..., pero, en honor a Doris, voy a hacer lo que nunca hago con nadie.

Sacó una pistola del bolsillo y después de demostrar al otro que estaba cargada:

—He aquí la posibilidad que le doy — dijo, con frialdad, lanzándola sobre el despacho.

Harry puso la mano encima del arma, hasta que sus dedos asieron el contorno de la culata y el gatillo estuvo bajo el índice.

—¡Imbécil! — rugió, levantando el arma.

Pero el cuchillo de Carlo Daveira había descrito su fatal trayectoria, clavándose, hasta la empuñadura, en el corazón de Harry. Carlo descolgó el aparato y pidió larga distancia. Un minuto más tarde, al oír el “¿sí?” de Callowan, comunicó:

—Trabajo terminado, señor.

Y colgó.



COLECCIÓN S. I. P.

ÚLTIMOS TÍTULOS PUBLICADOS

24.— Asalto al heliexpreso.— *W. Sampas*
25.— Primera misión.— *W. Sampas*
26.— ¡Miedo en la SIP!— *Alan Comet*
27.— Fábrica de asesinos.— *W. Sampas*
28.— Virus mortal.— *Alan Star*
29.— Prueba de sangre.— *W. Sampas*
30.— Ídolos de barro.— *Alan Star*
31.— Hermandad negra.— *Johnny Garland*
32.— Tongo, ciudad podrida.— *W. Sampas*
33.— Emisión de muerte.— *W. Sampas*
34.— La peste dorada.— *Johnny Garland*
35.— Con el agua al cuello.— *Alan Star*
36.— Contrato fatal.— *Alan Comet*
37.— Muerte a distancia.— *Alan Star*
38.— El horror verde.— *Johnny Garland*
39.— ¡Muerte fosforescente!.— *Johnny Garland*
40.— Garras invisibles.— *W. Sampas*
41.— Cráneo de plata.— *Johnny Garland*
42.— Rejas de arena.— *Alan Star*
43.— El signo de la momia.— *Johnny Garland*
44.— Fuego mortal.— *W. Sampas*
45.— Policía podrida.— *Alan Star*
46.— El planeta negro.— *Johnny Garland*
47.— ¡Llega el Klu-Klux-Klan!.— *Alan Star*
48.— La plaga azul.— *Johnny Garland*
49.— Agente femenino.— *W. Sampas*
50.— Cadáver en el espacio.— *Johnny Garland*
51.— La banda de los nictálopes.— *W. Sampas*

El hombre ha dominado el espacio, pero la ambición, la maldad y el crimen han seguido a los abnegados pioneros que han posado sus plantas en los nuevos planetas.

Por eso la Tierra, para defender la Ley y la Justicia, ha creado una nueva fuerza: la **SPACIAL INTERNATIONAL POLICE.**

¡Nunca habrá leído nada igual! El jurado emitió su veredicto y consideró a Donald Callowan, jefe de la SIP, ¡culpable!

¡CALLOWAN CULPABLE!

ALAN STAR, su autor preferido, consigue superarse hasta el límite.

S.I.P. SPACIAL INTERNATIONAL POLICE

6 PTAS

EDICIONES TORAY, S.A.

En Argentina: 9 pesos

Notes

[←1]

«Ei Pato Dormido»